



RENAVENTE

FIGULINAS

P06603

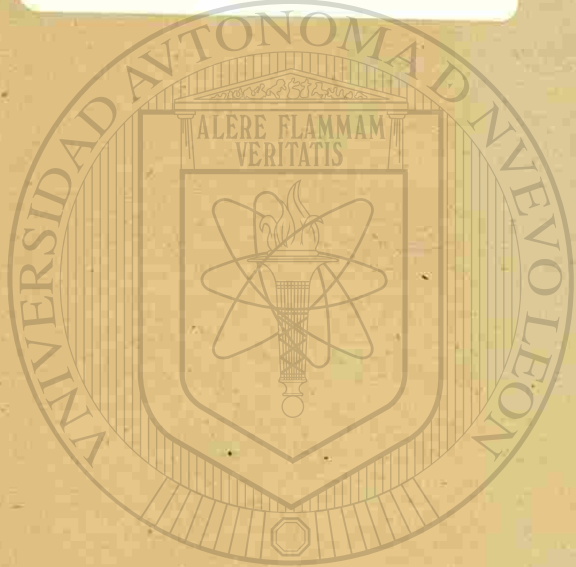
.E6

F5

1904



1020027535



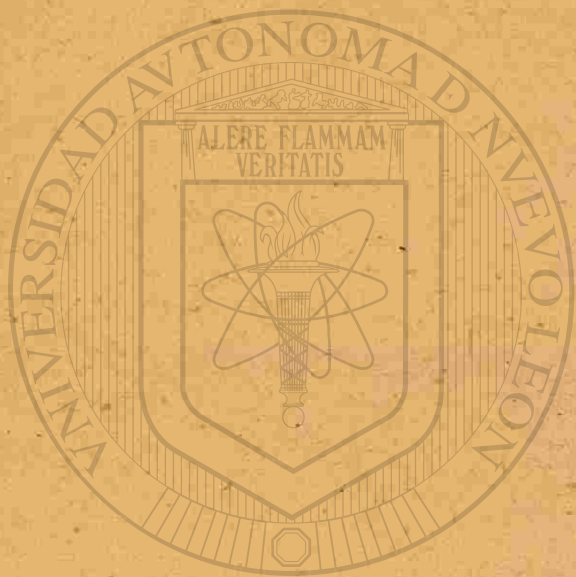
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FIGULINAS UANL

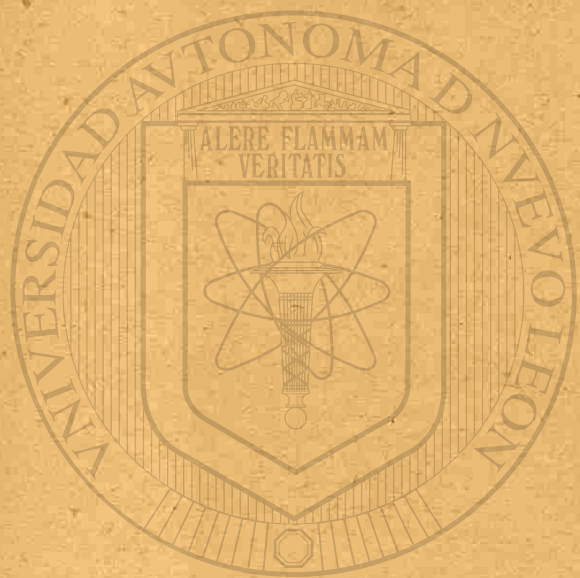
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 862.62
Núm. Autor 8456
Núm. Adq. 33155
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificación
Catálogo

24

JACINTO BENAVENTE



FIGULINAS

SEGUNDA EDICIÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CARR. 1625 MONTERREY, N.M.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

1904

098211

33155

83
B

PQ 6603
EL
Fs
L904



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

¡Figulinas! Muñequillos de barro. Ni otro material ni otro escultor merecen los modelos: figurines á la moda, los cuerpos; figurines también, las almas.

No son para ellos mármoles y bronces; fuera cruel la diuturnidad.

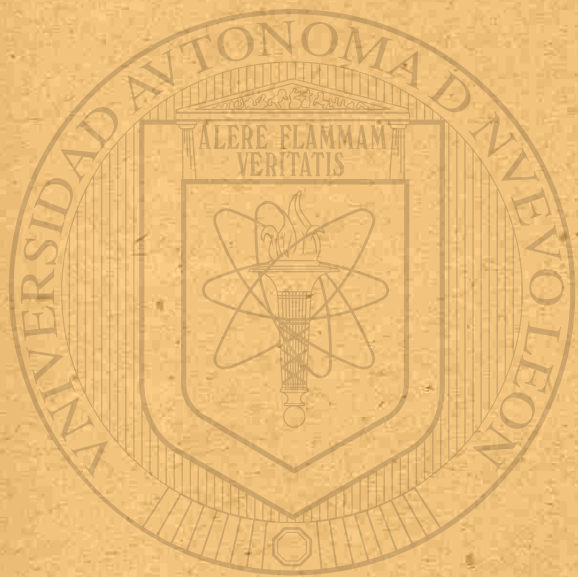
Sin amor, también sin odio, copie en pequeño lo que pequeño se mostraba, y compasivo agradezco que ni el amor ni el odio, vivificados por la inspiración, animen con mayor aliento mi obra; pasajera, momentánea como los modelos; de su misma substancia, con su misma vida.

J. BENAVENTE.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL FONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL FONSO REYES"
1100 MONTENREY, MEXICO



I

La Cartera.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Personajes: CLARA, diecinueve años.
ENRIQUETA, treinta y dos.

I

CLARA

Si te digo que no debe tardar en venir.
Aguarda un instante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ENRIQUETA
Un instante... No te quejarás; eran las
tres cuando vine...

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CLARA

¡Después de dos años y de tantas cosas!...

Todavía no estamos en paz... Me debes muchas visitas más largas que ésta y muchas confidencias... Hoy hice yo el gasto.

ENRIQUETA

Era natural que lo hicieras. Hoy eres tú más rica que yo... Rica de ilusiones, de esperanzas, de amor.... Yo estoy arruinada... ¡Pobre de mí!

CLARA

La muerte es un acreedor que no perdona. Pero te has quedado viuda... arruinada como tú dices, tan joven, que aún puedes reponer tu caudal.

ENRIQUETA

Me asustan las empresas... Viviré atendida á mi viudedad: clase pasiva... (*Pausa.*) ¿Sabes que tarda mucho ese caballero y no podré esperarle?...

CLARA

Sí que tarda. ¿Dónde estará?

ENRIQUETA

¿Dónde estará?

CLARA

¿Porqué repites mi pregunta, así... como preocupada, como si te hubiera dado en qué pensar?

ENRIQUETA

Porque era una pregunta... y nunca debe una preguntar «¿Dónde estará?» ¡Si supieras las veces que yo he preguntado eso mismo!

CLARA

Y yo. ¡Y lo preguntaré tantas! Como toda mujer enamorada. Minuto por minuto quisiera yo saber en dónde está, y lo que hace y lo que piensa.

ENRIQUETA

No quieras saber... En amor, como en religión, el saber está muy cerca de la herejía.

CLARA

¡Bah! ¡Como yo no había de saber nada malo de Carlos!...

ENRIQUETA

¿Le conocés á fondo?

CLARA

Su corazón no tiene secretos para mí.

ENRIQUETA

¡Su corazón! ¡Pobre Clara! Yo también creía que el corazón de Pepe era todo mío, que no tenía secretos para mí... ¡Qué locura! No hay corazón que no tenga algún secreto... ¿El corazón? Menos aún. No quiero asustarte; pero ¿quieres hacer una prueba? Procura apoderarte de improviso de la cartera de tu novio; ya ves qué pequeñez, ¡la cartera de bolsillo!... ¡Qué pocos secretos pueden haber en ella!... Pues créeme; si quie-

res ser feliz, no intentes nunca registrar la cartera del hombre á quien amas...

CLARA

Yo creí que habías sido dichosa en tu matrimonio.

ENRIQUETA

Lo fuí, pude serlo si no hubiera querido saber... Porque Pepe me quería; me quería mucho... cuanto podía quererme...; pero la cartera... créelo, todo hombre tiene siempre un secreto en cartera.

CLARA

¡Bah! Un secreto... ¿Y será tan imprudente que en la cartera?...

ENRIQUETA

¡Ay! La cartera de Pepe no era de bolsillo, era un cartapacio, y lo hallé después de su muerte... Y sin embargo, me quería mucho...

II

CLARA

¡Enriqueta, Enriqueta de mi alma!

ENRIQUETA

¿Qué te sucede, chiquilla?

CLARA

¡Todo, todo se acabó para mí! Bien decías... La cartera... Ni pude abrirla; á viva fuerza me la quitó de entre las manos; consintió en marcharse sin atender á mis lágrimas ni á mis insultos... porque le insulté, sí, le insulté... y le odio...

ENRIQUETA

No tienes razón. Yo he sentido eso mismo que tú sientes ahora... Tú siquiera no has visto la prueba material del engaño... Hay secretos que se guardan por delicadeza

más que por engaño... Pero hay secretos siempre... Haz un examen de conciencia escrupuloso, verás cómo te inclinas al perdón. ¿No tienes tú también alguna carterita?

CLARA

Yo no... Yo no tengo secretos para él...

ENRIQUETA

En cartera... palpables... ¿Y en el corazón? Mira; parece una vulgaridad lo que voy á decirte... Los hombres, son hombres; las mujeres, mujeres... Qué tontería, ¿verdad? Pues de ahí procede el que no nos entendamos. Las almas tienen sexo, y no hay duda, el alma del hombre y el alma de la mujer son tan distintas como la tierra del mar y el mar del cielo; pueden besarse, unirse, pero no pueden confundirse. Hombres y mujeres deben respetar y perdonarse el secreto de la cartera...

CLARA

No, no. Yo no perdono... Le quería con toda mi alma. Si es verdad lo que dices, la vida es muy triste; no viviré en el mundo, entraré en un convento...

ENRIQUETA

Ya lo pensarás. Y si tú, que no quieres perdonar á tu novio, te consagras á Dios... ¡figúrate la cartera de secretos que Dios tendrá que perdonarte para ser tu esposo!

II

Fraternidad.

 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Después de comer juntos, saboreando exquisitos cigarros, entre sorbo y sorbo de cognac, tendidos con indolencia en un diván del fumadero, departían en cariñosa intimidad Federico Mureda y Manolo Castrojeriz, socios medio-pensionistas del aristocrático *Sport-Club*, donde ambos pasaban, si no la mejor, la mayor parte de su vida.

—¿Qué piensas hacer esta noche?—preguntó Manolo á su amigo, sacando el reloj al mismo tiempo. Ya son las nueve y media.

Luego dicen que te entretengo, y aunque todo se queda en casa...

—Es que tu hermana no concibe que nos pasemos aquí horas y horas los dos solos de charla... Cree, por lo menos, que jugamos.

—¿Por lo menos?

—Otras cosas... las pensaré, pero no se atreve á decir las.

—No. Ni las dice ni las piensa: Emilita es muy inocente. Vais á casaros, sois novios hace dos años, y la pobre cree que un novio... es una novia. Ya ves, lo único que se le ocurre preguntarme alguna vez es si serías capaz de tener otra novia, y si yo lo sé.

—¿Qué graciosa! ¿Y tú qué contestas?

—Nada. Que no se tiene más que una novia. ¿Pobre Emilia! ¡Si vieras, Federico, que ahora me ha dado por querer á mi hermana!... Me da lástima.

—¿Porque se casa conmigo?

—Contigo ó con cualquiera. Sería lo mismo.

—¿Pero tú crees que yo no quiero á tu hermana?

—Sí, sí. La quieres, la quieres mucho. Ya ves; yo, que conozco tu vida á fondo, estoy seguro de que la quieres. ¡Y lo que son las cosas! Si ella supiera la mitad de lo que yo sé... no se casaría contigo; por eso me da lástima; porque yo tengo razón en creer que la quieres, y ella tendría más aún en no creerlo; y si no, dime: ¿dónde has estado esta tarde?

—Contigo.

—Sí. Descuida. No diré nada.

—Pues no preguntes. Ya sabes que antes de casarme con tu hermana concluirá todo; pero así... de golpe... Tú lo sabes...

—Ya, ya sé que Enriqueta es un *crampon*. ¿Y si se empeña en no soltarte ni después de casado?

—Me soltaré yo. Pero un rompimiento

no se improvisa. Cierta clase de relaciones escandalizan más cuando terminan que cuando empiezan.

— Por eso he pensado una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Tú has visto *Don Juan Tenorio*?

— Ya lo creo; hasta en ópera.

— ¿Te acuerdas cuando D. Juan suplanta á D. Luís Mejía para quitarle á doña Ana de Pantoja? D. Luís pone el grito en el cielo, pero de doña Ana no se sabe que diga esta boca es mía.

— ¿Te sientes Tenorio?

— Si Mejía no se incomoda... porque de doña Ana respondo.

— ¿Quién sabe!

— No seas vanidoso. Conste que me sacrifico por mi hermana... y por tí... Fraternidad pura. ¿Qué dices?

— Nada. Todo se queda en casa. Chico, las diez. ¿No vienes al Español? Necesito que me disculpes.

— Estás disculpado. Emilia sabía que comíamos juntos. Tú vas de lunes clásico; yo voy á casa de Enriqueta, que es más clásica todavía. Hasta mañana.

*
**

Emilia Castrojeriz y Rosario Mureda, acompañadas de miss Cowley, respetable institutriz de la última, conversaban muy animadas, si no mano sobre mano, manos sobre labor, pretexto ocioso de interesantes confidencias.

Miss Cowley, con lágrimas en los ojos, leía en un *Magazine* inglés una lastimosa estadística de los caballos muertos en todas las guerras del siglo. Una hecatombe *¡Poor horses!* pensaba la sentimental institutriz, conmovida en las fibras más profundas de sus sentimientos.

Emilia y Rosario parloteaban á media voz con viveza, á la rebatiña con las palabras.

—Lo que más me alegra, decía Emilita, cuando pienso que voy á casarme con tu hermano, es que nosotras seremos hermanas, y como hermanas viviremos siempre. Si fuera posible una cosa...

—No lo digas. Eso es pedirme vis. No tengo pareja.

—¡Qué tonta! Ya sé que no te gusta Manolo; ya sé que por tu parte nunca hubiéramos sido hermanas, Y me alegro, aunque sea mi hermano; Manolo no es como Federico. Si Federico fuera como él, tú me lo dirías, ¿verdad? Hemos prometido defendernos. ¿Te acuerdas de nuestra alianza en Biarritz?

—¿No he de acordarme? Pepita Moncada entró también en ella.

—Y nos hizo traición.

—Y Dios la ha castigado. Ya ves lo que dicen de su marido.

—Horrores.

—Pues nosotras se lo advertimos.

—Y no nos hizo caso... mal hecho. Entre nosotras no puede haber mala intención.

—Ya ves, yo te dije que no hicieras caso á mi hermano, y era mi hermano. Tú me has dicho que Federico es muy bueno, y por eso me caso con él. Si tú supieras algo...

—Si lo supiera te lo diría.

Las dos amigas se besaron con efusión.

Miss Cowley por encima de la revista les dirigió una mirada severa.

—*Don't kiss so noisely.*

Salía Federico de su habitación, cuando Rosario le detuvo en la puerta de improviso.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué asunto?

—Hoy esperabas una carta... y no la has recibido. Por eso has estado de mal humor todo el día.

—¿Tú qué sabes?

—Lo sé... porque aquí está la carta...

—¿Abierta?... ¡Chiquilla! ¿Y quién te ha mandado?... Trae esa carta.

—No alborotes. Yo necesitaba saber lo que sé... y no había otro medio. Ahora escucha. Vas á casarte con una criatura angelical, y vas á casarte porque quieres. Nadie te obliga á ello; eres hombre. No te casas por interés tampoco... ¿Porqué te casas?

—¿Estás loca? ¿Qué te ha dado de pronto? Eres una chiquilla mal criada...

—Como quieras. Pero te advierto una cosa. Si no rompes las relaciones con esa mujer; si engañas á Emilia al casarte, enviaré esta carta al marido de Enriqueta... No, no la suelto, es mía... ¿Qué te has creído?

—¿Pero qué dices? ¿qué es esto?

—Ya lo has oído.

—¡Trae, trae esa carta!... Lo mando... Soy tu hermano!

—Sí, eres mi hermano... Pero soy mujer,

y en cuanto mujer soy más hermana de Emilia que tuya... Y como hermana la defendiendo y la amparo. ¡No lo olvidéis!

Y guardando la carta en el pecho, salió de la habitación de su hermano, que se quedó aturdido, sin darse cuenta de lo que había oído.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





III

Maternidad.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LUISA, veintidós años.—ISABEL, treinta.

LUISA
¿De compras?

ISABEL

Sí; el pan nuestro de cada día: el pan que traen los hijos debajo del brazo, según dicen... Un vestido para el ama. A ver, ¿qué te parece? Mira...

LUISA

Muy bueno, ¡ya lo creo!... Es un merino riquísimo... doble de ancho... ¿La vistes de pasiega?

ISABEL

Sí, entró con esa condición. Es vizcaína; pero como el traje de pasiega es más caro... Hay que agradecer que no sea moda vestirlas de sultanas... Pues lo de menos es la tela, luego eche usted botones y collares... ¡Y comer!

LUISA

Sí, no me digas. Yo lo veo en casa de mi hermana. Por eso yo haré todo lo posible por criar á mi hijo, y mi pena mayor sería no poder criar.

ISABEL

Sí, es una pena.... Yo crié al primero y empecé á criar al segundo...

LUISA

Y de seguro has sentido no criar á éste...

ISABEL

Sí, lo he sentido; pero sintiéndolo y todo, te aconsejo que no críes.

LUISA

¡No me lo digas! Soy fuerte, no creo que me perjudique.

ISABEL

La salud es lo de menos. Nunca me he encontrado mejor que cuando criaba.

LUISA

¿Entonces? ¿Que es mucha sujeción, que por fuerza ha de privarse una de teatros, de diversiones? ¿Si vieras qué poco me importa!

ISABEL

Lo supongo... Pero tampoco es eso.

LUISA

Expíciate.

ISABEL

Mira; cuando yo criaba á mis hijos y con una niñerita modesta que los llevaba en brazos salía con ellos á paseo, al pasar entre dos filas de nodrizas, insultantes de lujo,

recargadas con galones de oro y cadenas de plata; al considerarme objeto de sus burlas groseras, despique del despecho, porque yo era para ellas una emancipada de su tiranía insufrible... ¡si vieras qué orgullosa me sentía! ¡Única madre en aquella huelga de madres! No comprendía cómo por comodidad ó por lujo hubiera mujeres que se resistieran á cumplir deber tan bien recompensado con solo cumplirlo... Ahora lo comprendo... Yo cumplía con los deberes de la maternidad, pero... huelga de madres ó huelga de esposas, hé aquí el problema. ¿Has comprendido?

LUISA

Comprendo que si tú cumplías con tú deber, alguien faltaba al suyo... ¡Pero es infame!

ISABEL

Eso dije yo, infame, porque entonces nos han engañado... ¡La santa maternidad! Y

mientras tú aceptas sus deberes como un sacerdocio, tu marido...

LUISA

¡Ay! En ese sacerdocio tu marido no puede decir misa, ni siquiera ayudar á ella.

ISABEL

Pero á lo menos podía oirla con respeto. ¿Qué dirían los hombres si en una enfermedad, en una ausencia suya, siguiéramos su ejemplo?

LUISA

A ellos todo les disculpa.

ISABEL

Tienes razón; todo... Yo quise separarme de él para siempre, y todo el mundo se burló de mí. ¡Separarme por una pequeñez!... ¡Por lo más natural del mundo!... ¡Por un pecadillo que todos los maridos cometen y todas las mujeres toleran!... Mi familia estaba escandalizada: mi madre misma; el antiguo médico de casa se hartó de llamarme

ignorante, porque no me conformaba con lo que, según él, era ley de la Naturaleza... ¿Qué más? El confesor solo pudo decirme: ¿Qué quieres, hija mía? Si tu esposo viniera por aquí, yo le diría más de cuatro cosas; á ti, solo debo decirte que perdones... ¡Ah! Nos engañan miserablemente... Antes de casarnos debían enseñarnos esas leyes naturales de que habla el doctor, y al casarnos, debían leer dos epístolas diferentes: una para los hombres, otra para nosotras, ya que no reza la misma con ellos que con nosotras...

LUISA

¡Vaya, cálmate! Ya sabes á qué atenerte...
y yo también.

ISABEL

Ya lo sabes. No críes á tus hijos. Un ama no puede robarte su cariño; cualquier mujer puede robarte el cariño de tu esposo. Que no quede por ti... Los hombres lo quieren. ¡Huelga de madres!

IV

Entre artistas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Estudio de pintor. Profusión de colgajos en las paredes. Telas japonesas, damascos antiguos, pedazos de alfombras persas, platos árabes: un Rastro artístico, sin rastro de arte; imitaciones y pacotilla. Las antigüedades son de reciente fabricación francesa; las vejeces, de prendería.

Personajes: RAFAEL, veintidós años.

ANTONIO, treinta y seis.—PEPE, cuarenta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

RAFAEL



(Dando las últimas pinceladas á un cuadro.) ¿Has visto lo que trae Juanito Montero este año?

33155

ANTONIO

¡Calla, chico! Lo que yo decía: agotado.
La nota de siempre.

Pues el asunto....

PEPE

¿El asunto? El asunto es el arte. Sentir hondo y expresar el sentimiento con sinceridad. ¿Juanito Montero? ¿Porqué habla nadie de Juanito Montero? ¿Quién es? ¿qué significa en el arte?

RAFAEL

No exageres. Juanito tiene su estilo, personalidad.

PEPE

¿Estilo? Ni él, ni nadie. Creedlo; la pintura es hoy una industria como la fotografía, como la cromolitografía. Los pintores no son artistas, son máquinas sin corazón y sin cerebro. Manos hábiles en la repetición

de un procedimiento, copistas de copias... ¡Ah! ya lo dijo el gran Leonardo: «En arte hay que ser hijo de la Naturaleza, no nieto suyo.»

ANTONIO

Yo me contentaría con ser hijo del gran Leonardo, como tú dices.

RAFAEL

Yo con ser hijo de Rothschild, para comprar cuadros de Leonardo y no tener que vender los míos.

PEPE

¡Sois unos imbéciles!

ANTONIO

Y tú... un animal; perdona, un hijo de la Naturaleza; de modo que, según tu teoría y la del gran Leonardo, tienes mucho adelantado para ser un gran artista.

RAFAEL

Tan grande, que no quiere medirse con nosotros.

PEPE

¡Pintar yo para Exposiciones! ¡Solicitar sufragios del vulgo y premios de un Jurado más estúpido que el vulgo, porque es el vulgo constituido en autoridad! ¡Aceptar la clasificación de mi obra, de una obra de mi alma... ¿Qué dirías tú si por votación de un Jurado cualquiera se acordase que tenías un alma de tercera clase ó un accésit de alma?

RAFAEL

Procuraría vender el alma, como procuraré vender este cuadro si el indocto Jurado me concede siquiera una medalla; un alma, como tú dices, de tercera clase.

PEPE

Tendrás medalla, ¿quién lo duda? Y venderás el cuadro. ¡Asunto patriótico, escuela

española, castiza!... Ahora hemos iniciado un Renacimiento nacional. ¡Mal síntoma! Cuando la gente sale poco de casa es que anda mal de ropa ó teme tropezar con ingleses molestos. Las naciones, como las señoras cursis, cuando han venido á menos hacen vida casera y recogida.

ANTONIO

¿De modo que la pintura española, nuestra pintura?...

PEPE

En arte no hay plural. Lo nuestro no es mío ni tuyo. Cuando pueda pintarse una obra maestra por sufragio universal, hablaremos del socialismo en arte. El arte es anarquista.

RAFAEL

Y tú loco de remate. ¿De modo que las escuelas?...

PEPE

Sí, las escuelas existen, son necesarias.

Pero ya se sabe: hay maestros de escuela y chicos de la escuela.

ANTONIO

Y nosotros somos chicos, muy chicos, ¿no es eso? Pues mira, el día en que tú abrieras escuela, sería chico de ella con mucho gusto.

PEPE

Creo haber dicho que eres un imbécil.

ANTONIO

Antes lo dijiste en plural... ¡Ah, ya caigo! El plural en arte no existe.

RAFAEL

Más noticias. ¿Qué ha enviado por fin Félix Pérez?

ANTONIO

No ha podido terminar á tiempo el cuadro grande, y no ha querido presentar nada. Está enfermo. ¿No sabes? Una fiebre tifóidea...

RAFAEL

La pintura á plena luz: ya se lo dije... ¿A quién se le ocurre irse á pintar unos arrozales sobre el terreno?

PEPE

¡Qué disparate! Yo hubiera pintado mejor una *paella*.

RAFAEL

¿Y lo de Molina?

ANTONIO

¡Un desastre! ¡Qué estudio de cabezas! ¿Sabes cómo llaman ya al cuadro? *La guillotina*. ¡Hombre! el que viene muy empollado este año es Armida. ¡Bonito cuadro!

RAFAEL

Eso me han dicho.

ANTONIO

Tiene *chic*, factura elegante, á la francesa: venta segura.

RAFAEL

¿Y es?...

PEPE

¿Pero no lo adivinas? Lo de siempre: la eterna modelo con el eterno vestido de raso; el año último, azul; éste será rosa ó amarillo, lo que se *lleve*... ¡Si la estoy viendo! Un guante puesto, el otro arrugado en la mano; un sillón de terciopelo, un almohadón bordado, flores, joyas, cachivaches... ¡ah! y alfombra arrugada también y algo que se salga del cuadro, y el título *Hastío*; no, más bonito: ¿*Soy feliz*? Sí, eso. ¿*Soy feliz*? Es un título á la moda, transcendental. ¿*Soy feliz*? Como diciendo á los espectadores. ¿Me ven ustedes, tan guapa, tan rica, tan bien pintada? Pues con todo, no crean ustedes que soy feliz... ¡Ah! ¡Y si hubiera pintado el *pendant*! La mujer del obrero, limpia, bonita, con sus sillitas de paja, su cómoda con floreros, una mesa con cacharros, una Virgen de la

Paloma, un canario... y el título ¿*Soy pobre*? ¡Digo! Conjurada la cuestión social, dos primeras medallas y adquirido en seis mil pesetas por...

RAFAEL

Ya sé por quién, no seas imprudente. Oye, ¿es eso que dice éste el cuadro de Armida?

ANTONIO

¿Pero qué sabe éste?

RAFAEL

¿No se titula así, ni hay *pendant*?

ANTONIO

¡Nada de eso!

RAFAEL

Pues mira, Pepe: me has dado una idea... ®

PEPE

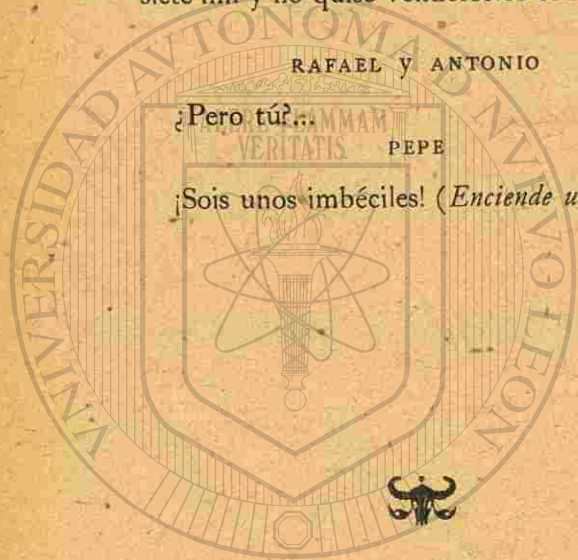
Y si me das ocho mil pesetas te doy los

cuadros, porque el Marqués me ofreció ayer siete mil y no quise vendérselos todavía...

RAFAEL Y ANTONIO

¿Pero tú?... MMAM
VERITATIS PEPE

¡Sois unos imbéciles! (*Enciende una pipa.*)



v

Una carta de mujer.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

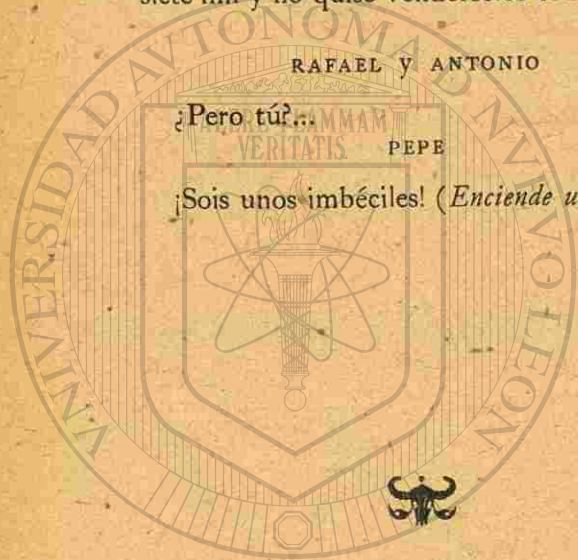


cuadros, porque el Marqués me ofreció ayer
siete mil y no quise vendérselos todavía...

RAFAEL Y ANTONIO

¿Pero tú?... MMAM
VERITATIS PEPE

¡Sois unos imbéciles! (*Enciende una pipa.*)



v

Una carta de mujer.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUNCA sabrás cuánto me cuesta contestar á tu carta. No es que renueves en mí dolorosas memorias; es que al fijarlas para escribirte, caigo en la cuenta de que son memorias de cosas pasadas, cuando mi pensamiento no sabía diferenciar el recuerdo de la esperanza. De un largo amor que vive la vida entera del amor; con sus torpezas y balbuceos de niño, primero; con fogosos arrebatos de joven, después; reflexivo y prudente, más tarde; al cabo, fatigoso, desengañado, para morir como viejo, con cualquier pretexto

más que de enfermedad; de este completo amor solo puede quedarnos el recuerdo que de los muertos queridos nos queda. Pero un amor que no ha envejecido ni ha muerto en nuestro corazón, un amor juvenil que sin tristezas ni desengaños ni cansancio huyó de nuestro lado, ¿cómo recordarlo sin que el recuerdo acaricie como una esperanza? Pasó... ¿Para siempre? ¡Si era todo vida y juventud! ¿No le quedará vida para volver? ¡Dices que se acuerda de mí! ¡Como que asegura con su risa burlesca, esa risa que parece el llanto de los que no pueden llorar, que he sido uno de los amores más largos de su vida! ¡Ocho días! Una eternidad para él, que cuenta los días por los amores. ¡Pobre amiga mía! ¿Crees seriamente que no es D. Juan tan temible para los hombres ni para las mujeres como pregona la fama escandalosa de sus aventuras? ¿Dices que en esa ciudad no ha dado muerte á nadie ni ha enloquecido á ninguna mujer? ¿Y si al final fueras tú la

enloquecida, y tu digno esposo y señor el el muerto? No burles con D. Juan, no halagues tu vanidad de mujer juzgando que puedes humillarle y vengar con su humillación á cuantas infelices fuimos víctimas suyas. D. Juan lleva en su alma todas las energías del hombre y todas las sutilezas de la mujer. En su alma ve reflejada la nuestra como en un espejo. Quieres fingir con él, y ganándote por la mano, antes de que tú llores, llora; antes de que le pidas celos, te da satisfacciones; antes de que tú puedas aparentar un dolorcillo de cabeza, te obligará á velar á su cabecera toda una noche, porque desencajado y convulso te dirá que ha tomado un tóxico. Con él no es posible prevenir quejas ni caricias, resistencias ni favores; siempre apercebido, te desconcierta, te enloquece, y en una hora jura y golpea como un rufián, y suspira madrigales como un trovador, y te acobarda, y se postra á tus pies, y blasfema, y reza, y ríe burlón, y llora como un niño...

No es un hombre, no; no es un amor; es todo el amor... Desde que huyó de mi lado, a mi lado está siempre, rival de todos mis adoradores, impidiendo que un nuevo amor borre su amor de mi memoria. ¿Qué podrán decirme que él no me dijera? Cada uno de los que me enamoran es solo un aspecto de D. Juan. Huye, huye de él si aún es tiempo; no le conoces, no sabes quién es... Ya ves, al darme sus señas me dices que sus ojos son negros... Yo estoy segura de que eran azules.

VI

Los fieles vivos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CUADRO PRIMERO

Gabinete lujoso. — La MARQUESA viuda de CASA IBÁÑEZ lee un periódico; al llegar á la sección de teatros, sorprendida por los Tenorios, deja el periódico y toca un timbre. Entra un CRIADO.

MARQUESA

¿Está Damián?

CRIADO

Sí, señora Marquesa.

MARQUESA

Que venga en seguida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CRIADO

Está bien. *(A poco entra Damián: aspecto de criado antiguo en casa grande.)*

DAMIÁN

¿Qué manda la señora Marquesa?

MARQUESA

Tengo tantas cosas en qué pensar... Ni sé en qué día vivo. Ya sabe usted que mañana...

DAMIÁN

Sí, señora Marquesa. Ya he dado órdenes. Descuide la señora Marquesa. Se hará lo mismo que todos los años. Asistirán cuatro criados con hachas... llevarán las coronas...

MARQUESA

Y flores, muchas flores.

DAMIÁN

Sí, señora Marquesa. Crisantemas, es lo que se pone este año.

MARQUESA

Los hachones amarillos...

DAMIÁN

Sí, señora Marquesa. Amarillos... ¿Manda algo más la señora Marquesa?

MARQUESA

Nada más.

DAMIÁN

Está bien. No tiene que pensar en nada la señora Marquesa. *(Sale Damián. La Marquesa recoge el periódico y continúa la lectura por la sección de cultos.)*

CUADRO SEGUNDO

En un cementerio. — Personajes: PEPITA, CARMEN,
TOMASA

PEPITA arrodillada delante de un nicho, llorando; CARMEN y TOMASA de pie, detrás; CARMEN muy conmovida y TOMASA hipando y con la cara encendida.

CARMEN

Vamos, Pepita. ¿Vas á ponerte mala?... Si lo sé, no te acompaño...

TOMASA

¡Pobre señorita! ¡Qué rato está pasando!

CARMEN

Si no vienes, te dejo... Ya es demasiado...

PEPITA

Cuando quieras. (*Levantándose.*) Vamos...
Y perdona, eres muy buena... y tú también,

pobre. Tomasa. Hoy te tocaría salir, y por acompañarme...

TOMASA

Deje usted, señorita, hay muchos días para salir... Lo que siento es la pena de la señorita... ¡Bien se ve que le quería usted de veras! ¿Y de qué murió el pobrecito?

PEPITA

De unas calenturas; en ocho días... ¡Figúrate, sin verle!... Dos meses llevábamos de relaciones...

TOMASA

¡Válgame Dios!

PEPITA

Que no sepan nada en casa. Mi madre se incomodaría y mis hermanos se burlarían de mí...

CARMEN

No te presentes con esa cara. Primero vienes á casa.

PEPITA

Es muy tarde... Y tendremos que volver á pie. Yo no sabía que los coches estaban hoy más caros; no traía más que un duro...

TOMASA

Deje usted... Yo llevo aquí una peseta.

CARMEN

Y yo... á ver... seis reales y veinte céntimos.

PEPITA

Entonces podemos tomar un coche. No sé cómo agradeceremos...

CARMEN

¡Vaya!

TOMASA

¡Qué pena da un camposanto! ¡Pensar que todos hemos de parar aquí!

PEPITA

En medio de todo es un consuelo...

CARMEN

Se acabó. Calla, Tomasa. No se hable más de cosas tristes. No llores más... Llamamos la atención...

TOMASA

Déjela usted, señorita. Pensarán que se le ha muerto su padre ó su madre; porque por un novio nadie se figura que pueda una llorar tanto.

CUADRO TERCERO

Casa pobre.—Personajes: PETRA y ANTONIO

ANTONIO

¿Qué haces?

PETRA

Poniendo las lamparillas por las ánimas de los difuntos...

ANTONIO

¡Bastante les aprovechará á los difuntos...

PETRA

¡En todo te tienes que meter! Es costumbre en tal día como hoy, y por un real de aceite...

ANTONIO

¡Menuda iluminación has armado!

PETRA

Una lamparilla por cada muerto... Cuenta... Mis padres... Mi tía Eusebia, los dos chicos...

ANTONIO

Pues falta una... La abuela, mi madre... ¿Porqué se te ha olvidado? ¡Lo que sois las mujeres!

PETRA

No te pongas así... No vamos á regañar por eso después de muerta... Ya está la lamparilla. Y en paz descanse.

ANTONIO

La pobre tenía su genio, pero bueno está lo bueno.

PETRA

¿Querrá encenderse? ¡Si suya tenía que ser!

ANTONIO

Trae acá las cerillas y no me enciendas á mí. Ya está... Mira cómo alumbra conmigo.



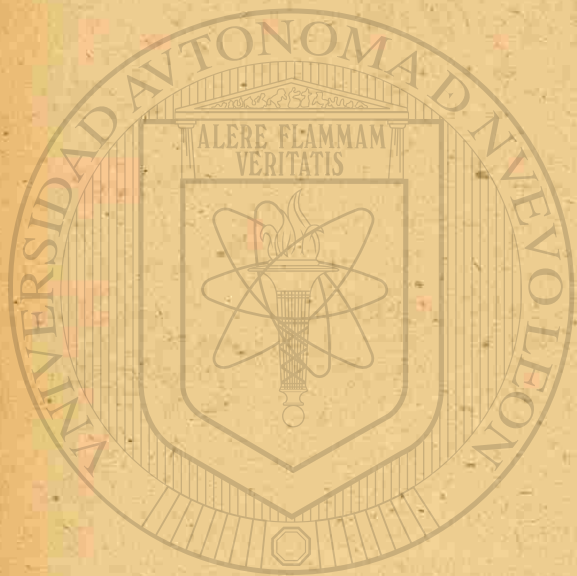
VII

Nochebuena aristocrática.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CON QUIÉN Y SIN QUIÉN.

DESPUÉS de la Misa del gallo, celebrada en el oratorio y oída con más recogimiento que una comedia del teatro antiguo en lunes clásico, los invitados de la Marquesa de San Severino pasaron al comedor.

La fiesta era de pura intimidad; la Marquesa había limitado la invitación á las personas más allegadas de su familia y á unos pocos amigos predilectos.

Entre todos no pasaban de quince.

— La Nochebuena es una fiesta de familia.— Todo el año vive uno de esperanzas,

abierto el corazón al primero que llega; hoy quiero recogerme en los recuerdos: sé que todos ustedes me acompañan esta noche porque me quieren de verdad, y yo á su lado me considero muy dichosa.

Los invitados asintieron graciosamente al cumplido.

— ¡Ya lo creo! ¿Dónde mejor podía pasarse la señalada noche?

— Así, así, pocos y buenos.

— *Il faut serrer les rangs*, querida Marquesa!

— *Home, sweet home!*

Y rebosantes de expansiva satisfacción, dispusieronse á celebrar con alegría la Noche que, según el poeta,

Envidia dar pudiera
al más luciente día.

Pero á pesar de tan propicia disposición lo cierto es que todos parecían tristes y preocupados, como si estuvieran con el alma en

donde quisieran estar en cuerpo y alma.

El *saque* de la conversación correspondió, como siempre, al insigne Manolo Borines; pero perdió el tanto de salida, sin peloteo. Secundó con más fuerza, apuntando una historia escandalosa, y tampoco le atendió nadie. Desalentado, desistió de su empeño y llamó á los criados para que le sirvieran por segunda vez de un exquisito *turbot* con salsa *dieppoise*.

La conversación desmayaba y caía á cada paso, mal sostenida por lugares comunes y frases de ocasión, sin espontaneidad y sin gracia. Las risas no eran francas ni sonoras; parecían desgarraduras dolorosas y terminaban en un ¡ay! como aliviador suspiro. No había duda; neblina de tristeza abrumaba el ambiente. Era como una obligación aparentar regocijo, y nadie reflejaba siquiera cortés agrado. ¡Pobre Marquesa! ¡Ella que, según frases de revisteros, poseía como nadie el don encantador de que las horas parecieran

minutos en su casa! Bien asegura la superstición vulgar, que la noche del Nacimiento del Hijo de Dios nada pueden maleficios ni encantos. Porque no se hallaban encantados, ciertamente, los invitados de la Marquesa. Ella, con su bondad confiada, había creído que pasarían una noche agradable á su lado, y ellos, por no desairarla, estaban allí, forzados de los deberes sociales, estaban allí... y con el pensamiento muy lejos. Con quién y sin quién, porque cada uno por su voluntad, por su gusto, hubiera pasado la Nochebuena en otra parte, donde le llamaba ó el amor ó el capricho ó la diversión, la virtud ó el vicio, un móvil cualquiera, pero más atractivo, más fuerte que la cortesía social, y así pensaba cada uno; el Marqués de San Severino, el dueño de la casa, esposo tranquilo de la bondadosa Marquesa, el primero:

—¡Qué ocurrencia la de mi mujer! ¡Me aburren estas fiestas de familia! Tener que

estar aquí toda la noche, sentado entre mi tía, la venerable Condesa del Encinar del Valle y Josefina Montero, prima carnal, es decir, prima *ósea* de mi mujer. ¡Porque cuidado si está delgada! En cambio mi tía... ¡Para cuándo son los empréstitos! ¡Qué aburrimiento! Mi tía solo habla de comer y de beber y la primita... de arder. La una dice que el escararate de Lhardy está hermoso estos días; la otra dice que *Paul Bourget* se amana, que prefiere á *Paul Hervieu*. ¡Me vuelven loco! A estas horas estarán cenando en casa de la *Chipilina*. ¡Allí sí que se divertirán! ¡Si esta gente tuviera la feliz ocurrencia de marcharse temprano!

Así *monologaba* el dueño de la casa, el ilustre Marqués de San Severino, y la primita espiritual á su vez pensaba:

—¡Qué idea la de mi prima! ¡Noche más aburrida! Mi primo es un bárbaro, no se le puede hablar de nada. A estas horas estará Federico en casa de los de Vivares. Allí sí

que hubiera ido yo de muy buena gana... ¡Pero la familia!... ¡Si Pilar hubiera sabido que yo no venía á su casa por ir á casa de los de Vivares!

La Marquesa del Encinar del Valle, *grosse gourmande*, opinaba como el sacerdote de la Bella Helena, que en la mesa de sus sobrinos había *trop de fleurs* y en cambio el *menú* dejaba mucho que desear. Muy artístico el espejo con marco de orquídeas, violetas y lilas blancas; muy caprichosa la góndola de porcelana de Sèvres y los pastorcitos *Watteau* mirándose en el espejo como en un lago amoroso del país azul de Citerea, pero los *filets de volaille* eran abominables.

La verdad, mejor le hubiera estado ir al *reveillon* de *Misses Bryan*. Allí se comía.

La Condesita del Robledal, figura elegantísima, de una raza soñada, exótica en todas partes como una quimera de artista, pensaba... en lo imposible; en una cita misteriosa con un ser ideal, en poesía sin palabras y en

música sin sonidos, como los amores que ella soñaba, sin caricias, sin besos, aroma purísimo de flores inmarcesibles. ¡Triste Condesita! ¡Cuántos tropezones había dado, por ir mirando arriba! Aquella noche misma ¡con qué poco hubiera forjado un ideal, como niña que con un pedazo de trapo forma un muñeco y en él pone ternuras de madre! El trapo con que había formado su último muñeco dormiría á la hora aquella ó quizás estaría de cena con sus compañeros, en el cuarto de oficiales de un cuartel de húsares, con uniforme color de cielo... y allí, allí estaba fijo el pensamiento de la Marquesita soñadora, mientras cenaba desentendida de cuanto la rodeaba.

A su lado Manolo Borines, con la cara congestionada y la expresión de vaguedad idiota del predestinado al reblandecimiento, pensaba como el Marqués, en la *Chipilina*, en la juerga que habría en aquella casa y lo gustoso que se hallaría en ella. ¡Digo! ¡Qué

mujeres! ¡La francesa había prometido bailarles una *quadrille* con el *grand écart*. Seis mil francos se había gastado en *dessous* para la circunstancia. ¡Y perder él aquello por cumplir con la Marquesa! De reojo miraba al Marqués como si quisiera decirle: si esto concluyera pronto, podíamos hacer una escapada: el Marqués le comprendía y miraba el reloj impaciente.

Paco Noguera, literato de salón, protegido de los Marqueses, que le costeaban las ediciones de sus poesías, pensaba con tristeza en sus hermanas, dos pobres muchachas que sufrían en casa mil privaciones mientras él brillaba en fiestas y en veladas aristocráticas. Dos tristes vidas sacrificadas para que él luciera; ellas planchaban con mil afanes las camisolas limpiísimas del hermano; ellas vestían unas faldillas pardas y no podían salir á la calle bien abrigadas, para que él vistiera un frac bien cortado y se abrigara con gabán de pieles, y el poeta, brillante luz

sostenida por el pábilo consumido de dos existencias sacrificadas, pensaba en ellas con remordimiento, pensaba en la cena miserable de sus pobres hermanas.

Lola Montero pensaba en que Isidoro Torres cenaría en casa de la Condesa de Fondelvalle, y en que la Condesa quería casarle á todo trance con su hija... y en que ella debía estar allí ó Isidoro en casa de los de San Severino, y los nervios alterados no la dejaban sosegar ni atravesar bocado... Y así todos, con el pensamiento lejos y el alma donde quisieran haber estado en cuerpo y alma.

Y la dueña de la casa, tan satisfecha de ver reunidas á su alrededor á las personas de su cariño. Solo dos le faltaban, su hermana, la Marquesa del Robledal, venerable señora, consagrada por entero á la devoción, una santa, una verdadera santa, y otra... de quien no quería acordarse, su cuñadito, el Condesito de Santa Elena... de quien más

valía no hablar... Pasaría la Nochebuena rodeado de toreros y perdidos en algún Colmado; ese estaba fuera de la sociedad... y de todo.

La Marquesa, en su bondad placentera, no podía pensar que las dos personas que faltaban á su mesa aquella noche eran las dos únicas personas felices. Una por sublime virtud, otra por los vicios más abyectos, eran las únicas que rompían la monotonía vulgar de la vida, las únicas que dejaban sobresalir su propia vida sobre la vida impuesta por los demás, sacrificada á las conveniencias sociales.

VIII

En pública subasta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

valía no hablar... Pasaría la Nochebuena rodeado de toreros y perdidos en algún Colmado; ese estaba fuera de la sociedad... y de todo.

La Marquesa, en su bondad placentera, no podía pensar que las dos personas que faltaban á su mesa aquella noche eran las dos únicas personas felices. Una por sublime virtud, otra por los vicios más abyectos, eran las únicas que rompían la monotonía vulgar de la vida, las únicas que dejaban sobresalir su propia vida sobre la vida impuesta por los demás, sacrificada á las conveniencias sociales.

VIII

En pública subasta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



No infunde aliento el alma de un gran artista á la obra de arte, sin dejar algo en ella de su vida; y vida y alma había en aquella obra de un pintor inmortal, retrato de mujer aristocrática que, con expresión melancólica, de fastidio íntimo, vuelto por bondad en agradable sonrisa, hablaba al alma del artista contemplador, hablaba de una historia triste; pero como desentendida de ella, como recordada desde otro mundo superior; mundo de luz, armonía de la Naturaleza en el arte, donde se esclarece la sombra de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE ARTES

"ALFONSO REYES"

1626 MONTERREY, MEXICO

los recuerdos tristes; hablaba de este modo:

¡Tristísimo día en que, consumada la ruina de mi ilustre casa, fui puesta en venta pública entre mil otros restos valiosos de una grandeza que asombró al mundo!

¡Maldije del artista que con su genio prolongó mi existencia de siglo en siglo, para traerme á contemplar tan triste decadencia!

Sí; en otro tiempo podía derrumbarse una grandeza en un instante, por satisfacción vengativa ó caprichosa de un príncipe! Todo, preeminencias nobiliarias, bienes vinculados, tesoros artísticos y la vida con ello, se perdía en un punto juntamente; pero había grandeza también en la caída; era el derrumbamiento pavoroso de cimientos, columnas y torreones, no el desmoronarse de caserón abandonado, desconchada la enjalbegadura, agrietados los techos con goterones.

Mejor el hacha del verdugo que la pluma del escribano. Si ha de ser uno presa al fin

y al cabo, mejor es serlo del león que del lobo.

¡Cuánto padecí en aquella subasta, tasación de lo inapreciable, baratillo de glorias!... Y padecí más porque advertía el regocijo de algunos espíritus ruines. ¡Es natural, solo la caída puede igualar lo grande á lo pequeño! Pero no os regocijéis. Hoy nos toca á nosotros. Mañana llegará el turno de liquidar otras grandezas. Hoy se subastan las nuestras para pagar á nuestros acreedores... Y vosotros, burgueses hoy triunfantes, enriquecidos con los despojos de nuestra grandeza, reyes en la política, en la industria y en el comercio, ¿no tenéis también vuestros acreedores? Llegará día en que quieran cobrarse y hagan almoneda también de vuestros despojos.

Temblando estoy de caer en vuestras manos. ¿Adónde iré á parar?

La subasta empieza. Compradores y curiosos me examinan con atención.

Me queda una esperanza: que alguno de mis descendientes, de los que llevan mi nombre y se envanecen con mis títulos, acuda á rescatarme.

No veo á ninguno. Claro está, no les parece decoroso comprar lo que han renunciado á poseer.

Poca ley tienen á su ilustre antepasada. Preciso es confesar que la voz de la sangre no existe, ó será que la sangre azul tenga la voz muy apagada ó que los acreedores griten más fuerte.

No volveré á ocupar un puesto de honor entre mis descendientes. ¿Mis descendientes?... El poseedor actual de los títulos, para dorar los metales de su escudo y enrojecer sus gules con sangre y metal nuevos, se ha casado con la hija de un antiguo administrador de nuestra casa, hoy senador vitalicio, hombre opulentísimo, y hasta creo que título del reino. Eso es, Marqués de San Dimas. Todos estos nobles allegadizos llevan

títulos de santos. ¡Agradecidos al milagro, sin duda!

¡Maravillosa transfusión de organismos sociales que repara muchas injusticias! La hija del administrador poco escrupuloso reintegra en su caudal al noble heredero arruinado; éste se encarga de malgastar nuevamente lo mal ganado y de enriquecer á cualquier prestamista, cuya hija, á su vez, en compensación, se casará con otro noble pródigo. ¡Poder del amor que tiende de continuo al equilibrio!

Pero los nietos de un servidor de mi casa, llamándome abuela... crisarían las pinceladas más tenues de mi ser.

Prefiero no pertenecer á la familia. ¿Á quién entonces?

Allí veo al acaudalado D. Fermín Antón (hasta su apellido es nombre, para que se dude si tiene apellido). Viene en busca de antigüedades para autorizar su flamante morada.

Ya se fijó en un arca; resabios. Pero en mí no se fija. Si fuera algún cromó... Este es el que tiene en su comedor tapices de los Girondinos y veinte mil pesetas de libros en su biblioteca.

Antes deshacerme en polvo que verme colgada en su casa. Varios tenderos de antigüedades me rondan con interés. ¡Bonito porvenir! Parar en manos de algún inglés que me admire con frases del *Baedeker*... Pues peor es esto. Ahora se acercan dos buenas mozas muy lindamente ataviadas y con mucho grácejo en su persona. Una parece más señorial y comedida: habla de París y del Hotel de Ventas, y aprecia los objetos de arte. La otra es más inculta; todo la choca y de todo se ríe. Dice que llevo un moño muy raro y discurre lo incómodo que debía ser mi traje en ocasiones... Y en eso no le falta razón.

El duque de Cerinola, un vejete más pintado que yo, bromea y ríe á hurtadillas con

ellas, y varios jóvenes aristocráticos, algunos de mi parentela, las miran y las hacen señas cuando la gente no les observa.

¡El vicio, otro gran nivelador! ¡Gran demócrata!

¡No permita la suerte que á una de estas mozas le venga en gana adornar su *boudoir* con mi retrato!

Capaz sería de hacerme pasar por abuela suya...

Eso sí, en su casa no me aburriría, y de cuando en cuando vería á mis parientes.

¿Qué pasa? Se decidió mi suerte. He sido adjudicada. Pertenezco al Estado. Ya sabía yo que el ministro de Fomento se prendería de mí. Es muy artista.

Pasaré el resto de mi vida en el Museo. He dejado de ser la quinta duquesa de mi nombre para ser una pura obra de arte. Desde hoy les importará á muy pocos quién fuí: todos preguntarán de quién soy.

Cuatro obreros muy rudos me descuelgan

y me colocan en unas angarillas para conducirme al Museo. Como debo de pesar bastante, por el camino maldicen de todo lo existente, con motivo de haberme comprado el Gobierno.—¿Para qué servirá esto? Así se gastan *nuestro* dinero—murmuraban. Malparada quedé como duquesa y como obra de arte.

Por lo segundo, me dolió profundamente. Como duquesa me alegré en extremo al oír las barbaridades de aquellos hombres zafios. ¿Son éstos los que han de destruir la sociedad vieja? ¿Estos los nuevos bárbaros que nos amenazan? ¡Bah! Con hambre solo, pero sin ideal alguno, se hacen motines, pero no revoluciones. El caballo de Atila se acerca, pero no trae jinete. Esta masa sin ideales, sin sentimiento artístico que la sublime, no puede ser más que el caballo; el jinete que le dome y le guíe á su antojo, siempre será de los nuestros, aristócrata de pura raza, por derecho divino.

Mientras una asociación cualquiera no sea capaz de producir una obra de arte por sufragio, habrá que creer en el genio individual dominador y poderoso siempre.

Por fin llegué. Unos señores muy espetados me reciben, y dan órdenes para colocarme.

Me colocan al lado de unos borrachos y enfrente de unas hilanderas.

En el mundo de los vivos, semejante compañía hubiera sido para mí intolerable; en el mundo sereno del arte, la compañía de los borrachos y de las hilanderas es un honor solo comparable para una dama aristocrática al de tomar la almohada.





IX

Confidencias.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Es de noche, una noche de aire templado, de luna clarísima. Pasean del brazo por calles y calles sin dirección fija. Hablan con lentitud, con dejadéz del pensamiento; más que un diálogo son dos monólogos.

PEPE, veinticuatro años. — MANUEL, cuarenta y un años.

PEPE

¡Ha pasado la noche! ¡La terrible noche!
¡Otra noche vencida! Si no hubiera tenido la suerte de encontrarte... no hubiera podido resistir más... Esta noche vuelvo. En todo el día no siento tristeza, ni desasosiego, mi vi-

da es la de siempre; pero llega la noche, la hora acostumbrada de verla, y es un no vivir, un no hallarme en ninguna parte, una lucha interior que me destroza... Sin darme cuenta me dirijo hacia su casa, y unas veces me persuado á mí mismo de que no he tenido razón para hacer lo que he hecho, que debo olvidarlo todo, pedir perdón, no acordarme de nada, y otras veces, fuera de mí, comprendo que no puedo perdonar, que la conducta de esa mujer ha sido indigna, que aún no fué bastante lo que hice, que debí volver una vez más á su casa é insultarla y matarla... No; ya sé yo que no la mataría, pero es el motivo más decoroso que me da el corazón para volver á verla y le dejo decir...

MANUEL

El hombre es un animal de costumbre. Comprendo lo de aquel que no se decidía á casarse al cabo de siete años de relaciones con su novia y contestaba á los que insistían

en casarle: «Pero vamos á ver: si me caso, ¿en dónde paso yo las noches?—Hasta que no halles en donde pasarlas no estarás curado. Cuando me separé de mi mujer, había también horas en mi vida que me aconsejaban el perdón... Logré sobreponerme, empecé á negociar en Bolsa, se me dió con suerte el primer año, me entregué á los negocios y se olvidó todo... No hay sentimiento que valga; el amor es una ocupación como otra cualquiera... Mira, el año pasado, por consejo de mi familia, por consideraciones particulares, por la situación delicada de mi chiquilla, sobre todo, accedí á que mi mujer volviera á mi casa... La perdoné de corazón, te lo aseguro... Pero yo había ordenado mi vida de otra manera; mi mujer volvió á trastornarla de nuevo... y volvimos á separarnos por eso...; porque yo, que había perdonado su falta, no pude perdonarla que me alterase las horas de entrar y salir, ni la sujeción de acompañarla á paseo ni al tea-

tro. Todo lo que eché de menos al separarme, todo lo que me hubiera unido á ella, á pesar de todo, en otro tiempo, me separaba ahora, y cuando el perdón y el olvido eran más fáciles...

PEPE

La otra noche volví al café, á mi antigua tertulia; me pareció insoportable. Hablaban de cosas que no me interesaban... y luego las preguntas impertinentes: ¿De dónde sales? ¿En dónde te metes? ¿Qué ha sido de ti? Todavía si me hubieran recibido sin extrañeza, como si no hubiera dejado de ir por allá en mi vida... ¿Qué haces tú por las noches?

MANUEL

A casa de aquella...

PEPE

¡Vamos! Esa es la costumbre que vino á interrumpir tu mujer...

MANUEL

No. Yo lo tengo todo muy ordenado. Voy una noche sí y otra no... Que es lo que debiste establecer... Ahora te sería más fácil la sustitución...

PEPE

¡Es verdad! pero la noche *no*. ¿Qué haces?

MANUEL

Esto, ya lo ves... Si está mala noche, me meto en un teatrillo ó en algún café, leo los periódicos; si está buena, como hoy, flaneo, solo, ó con el primer amigo que encuentro... Debe uno quedarse siempre con media vida para sí... Media vida que no dependa de los demás, de que no puedan pedirle á uno cuentas... en que no eche uno de menos á nadie... Es el gran sistema... Si quieres, desde pasado mañana empezamos... Te espero en casa á las ocho en punto... Pero no me faltes... Una noche sí y otra no...

PEPE

¡Una noche! ¿Y la otra?

MANUEL

¡Bah! Deja tonterías de amor propio...
Haz las paces con esa condición, á turno
impar...

PEPE

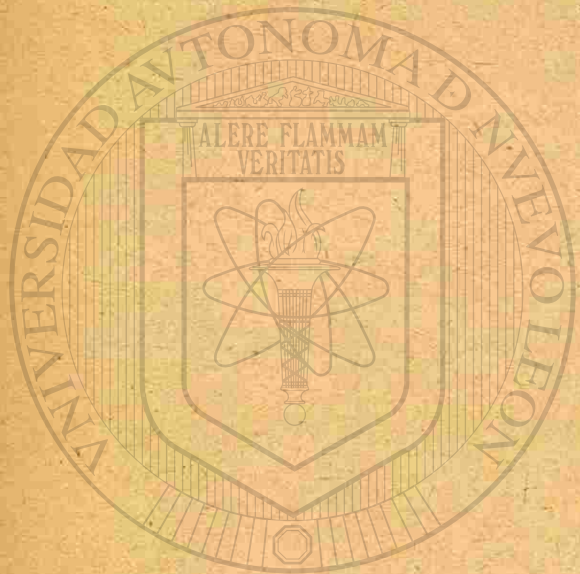
No, gracias... ¡Dos costumbres en vez de
una! No quiero echarte de menos el día de
mañana... Tú lo has dicho: el hombre es un
animal de costumbre.

X

Juegos de niños.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A PILAR, ocho años.—BLANCA, nueve.—JULIA, once.—Una MISS.—FRAULEÍN. (*En el invernadero de un hotel aristocrático.*)

(*Las dos ayas cuchichean en un rincón: la alemana hace labor de gancho; la inglesa está mano sobre mano con aire señorial y dominador. Las tres niñas hablando muy animadas.*)

PILAR

Mirad, aquí en el banco lo ponemos todo. Figura que son regalos y el *trousseau*. Yo me voy á casar, ¿sabes? Como la hermana de Jacobita; vosotras venís á mi casa á verlo todo; ésta (*señalando á Julia*) es tu mamá y tú

eres mi amiga... Bueno, todavía no habéis venido; ahora lo arreglo yo todo, como en casa de Jacobita; yo estuve ayer con Fraulein por la mañana...

JULIA

Hija, tú lo ves todo.

BLANCA

Ve todas las funciones que echan en los teatros por la tarde.

JULIA

¡A nosotras no nos llevan más que al Circo; no quiere mamá, dice que es pecado.

PILAR

Tu mamá dice que todo es pecado. ¡Ay, hija! ¿Vosotras no habéis visto nunca una *trousseau*? ¡Qué pavas!

JULIA

No lo he visto, pero sé cómo es.

PILAR

Mira; aquí está la ropa blanca, la camisa, los pantalones...

JULIA

¡Ay, los pantalones! ¡Si ahora no se llevan pantalones!

PILAR

¡Si lo sé! ¿me queréis enseñar? Se llevan unas medias muy largas que suben hasta aquí...

JULIA

Eso es, mamá dice que ella va por dentro como las bailarinas por fuera.

BLANCA

Bueno, pero la ropa interior no se enseña nunca en casa de la novia, se ve en la tienda.

PILAR

Pero en casa de Jacobita estaba todo, hasta los corsés.

JULIA

Porque son unas cursis. No se enseña más que los vestidos y los regalos.

PILAR

Bueno; pues entonces quito todo esto que era la ropa interior, porque yo no quiero ser cursi.

JULIA

Oye, ¿qué le ha regalado tu mamá á la hermana de Jacobita?

PILAR

Un imperdible todo verde con muchos brillantes.

BLANCA

¡Qué tonta eres! ¡Todo verde! De oro verde, que es la moda; son las alhajas modernistas. Mamá le ha regalado una medalla de la Virgen del Perpetuo Socorro.

PILAR

¿Y eso pega para una boda? Tu mamá

regala medallas á todo el mundo. Ya está arreglado; ahora entráis... Pase usted... ¿Tú qué quieres ser?

JULIA

Yo, duquesa...

PILAR

Ahora sí que eres cursi; ¡como que te voy á llamar yo duquesa! Te llamaré por tu nombre, ¿no ves que somos iguales? Digo, si quieres ser casada ó soltera, para preguntarte por tu marido y los niños...

JULIA

Yo quiero ser criada, como tía Teresa, y no tengo hijos.

PILAR

Entonces tu hermana ¿qué va á ser tuyo?

JULIA

Eso, mi hermana.

BLANCA

No, yo soy tu amiga; es muy soso ser lo mismo de siempre... (*Saludos, besos, etc.*)

PILAR

El traje de boda. Lo he encargado á París.

BLANCA

¡Pero tonta, si el traje de boda lo regala el novio!...

PILAR

Ya lo sé; ¿pero dejará de encargarlo donde yo quiera? ¿Lo va á comprar hecho? ¡Tú sí que eres tonta!...

JULIA

¡Precioso, de mucho gusto! ¡Lástima de traje para un día!...

PILAR

¡Hija, no digas eso! ¡Eso sí que no lo dice nadie! ¿A ti que te importa que el traje no sirva más que para un día? ¡No eres poco

aprovechada!... Un vestido de baile, de tu *pailletté*... Otro de paseo, verde almendra con piel de nutria; el abrigo para el traje, todo de piel, y bolero también de piel para alternar... ¿Y esta salida de teatro? Y esta...

JULIA

Bueno. Y á todo esto ¿con quién te casas?

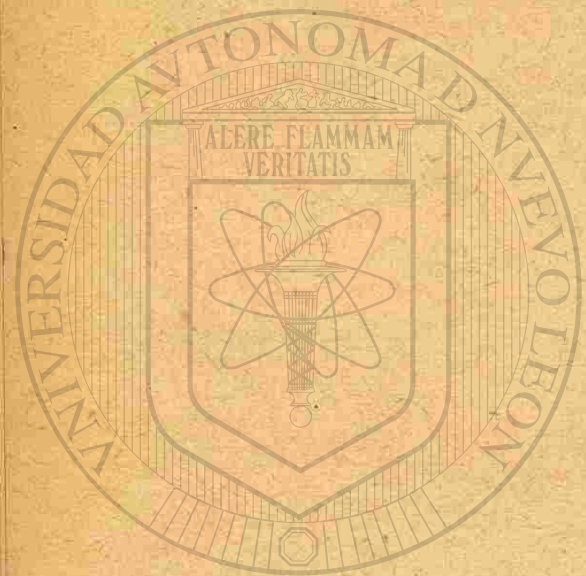
BLANCA

Es verdad. ¿Quién figura que es tu novio?

PILAR

¡Mira que sois tontas! ¡Yo qué sé! Mira, estamos jugando á esto, ¿qué nos importa el novio?... Vamos á jugar con formalidad, como si fuéramos mujeres. Aquí están los regalos... (*Y sigue enseñando el trousseau imaginario.*)





XI

Escenas íntimas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1026 MONTERREY, MEXICO



Su padre, el Marqués de los Tomillares, le había dado por estrena de Año Nuevo un billete de quinientas pesetas guardado delicadamente en una carterita de brocado antiguo, y Pepita no había podido pegar los ojos en toda la noche, revolviendo en su imaginación tiendas enteras de trapos y fruslerías, por los que podría cambiar al otro día aquel preciado papelito, talismán a la moderna del hada de los caprichos.

Sedas, gasas y tules: un mar femenino, acariciador, con espumas de encajes, fué su pesadilla aquella noche; cambiantes de colores

como en fantástica danza serpentina, abigarrada procesión de muñequillos y de mil juguetes costosos, porcelanas de Sèvres y de Sajonia, búcaros de clarísimo cristal veneciano del célebre Salviati. Más de cien veces se vistió Pepita aquella noche con la imaginación: trajes de baile, trajes de paseo; repasaba cuanto había llamado su atención en amigas ó en figurines de periódicos, y se torturaba por inventar algo nuevo que lo sobrepujara todo; algo personal, algo suyo, como poesía ó como oración, algo que fuera al vestir su cuerpo delicado, como su cuerpo era á su alma, perfume exquisito de una flor invisible, alillas sutiles de una mariposa impalpable.

Porque Pepita era una criatura del Arte más que de la Naturaleza. El último figurín corporal de un arte decadente. Inspiración prerrafaelista; una virgen de *Fra-Angelico* modernizada por *Rosetti*; pero una virgen de inteligencia maliciosa, con una novela de *Bourget* por horario.

Al levantarse, después de noche tan agitada, corrió presurosa á su gabinete, su lindo camarín, alegre, luminoso, juvenil, de colores tenues.

¿Qué faltaba en él? ¿Con qué nuevo adorno podía fijar un nuevo capricho? Porque en él, con profusa variedad, veíase reflejada una vida de niña caprichosa. Allí los objetos de arte eran juguetes; los juguetes, reliquias. Lo poco útil disfrazábase como lujosa inutilidad. Una máquina de coser parecía un arca preciosa; con mango de plata el plumerito, parecía un regalo de cotillón. En cambio, una cajita de hierro y plata repujados, al descuido y abollada, guardaba hilos y agujas. En la habitación y en el pensamiento de Pepita flotaba, como en el mar, lo más ligero; lo sólido se perdía en el fondo. Por eso no había dormido en toda la noche; por eso parecía muy preocupada aquella mañana.

*
* *

Enrique, hermano mayor de Pepita, *Hal*, como ella le llamaba en la intimidad: el primogénito de los Tomillares, Conde del Encinar, por cesión que le hizo su padre al volver de la Universidad de Deusto con su carrera de Leyes terminada, hallábase no menos preocupado que su hermana en aquel momento. Por regalo de Año Nuevo había decidido comprar un caballo para correr liebres. *Flash* estaba ya viejo y relajado de los riñones. Los compañeros inseparables de *Hal* por aquellos días eran *Femmy*, el jefe de las cuadras del Duque de Cerinola; Austin, el jockey de fama universal, contratado para todo el año corriente por el Duque, y otras celebridades *hípicas* que pudieran asesorarle en paso tan decisivo como la compra de un *pur sang*.

Sobre las mesas y las sillas de su cuarto veíanse abiertos libros y folletos de consulta, franceses é ingleses: *El caballo y el caballero*, *Historia de los caballos célebres*, *El caballo*

de caza, *El arte de comprar un caballo*, toda una biblioteca. *Femmy* le aconsejaba la compra de un anglo-árabe de magnífica estampa y jarretes de acero; pero el pelo era tordo, tordo rodado, y *Hal* acariciaba en su imaginación la idea de un alazán tostado, *chestnut*, y para él no había caballo posible con otro pelo.

Por la tarde, al volver de paseo, entró la Marquesa en la habitación de su hija. Pepita había salido á pie con el aya, y de vuelta, cambiaba de traje por cuarta vez para la comida.

—¿Sabes á quién he visto esta tarde? A Carlos, el hijo de los Santa-Clara. Ha vuelto de Alemania. Me ha preguntado por ti. Dice que se acuerda mucho del verano que pasamos juntos en Biarritz. ¿Tú te acuerdas de Carlos?

—Sí; entonces estaba muy delgado.

—Ahora viene muy grueso y muy *chic*. Como á hijo único, le habían criado en es-

tufá; le ha convenido mucho el viaje para desentumecerse. Mañana le verás; me dijo que pensaba venir á verte y le he convidado á comer. Vendrá con su madre. Ponte el vestido rosa mañana; no vayas á presentarte de señora casada, como acostumbras. ¡Qué afición á envejecerse! Bueno que para la calle y para paseo te vistas lo más serio posible... pero en casa...

—Descuida, mamá; mañana no tendrás queja. *Je serai en beauté y en jeuneuse*. Pero... ¿no se trata de una nueva conspiración, no se atenta á mi libertad? Porque entonces me visto de luto.

—¡Qué chiquilla! Tu madre no conspira desde la Restauración. Esas cosas vienen por sus pasos contados.

—Pues apunto uno... Primer paso, comida... de vistas.

—¡Qué tonta! De vistas, bueno; tú ves... y estudias.

—Estudiaré... Oye... Por lo menos el libro

está bien encuadernado. *Chic, z'n'est pas?*
Mais, z'du vrai?

—Pregúntale á tu hermano.

*
*
*

A los cinco minutos estaba Pepita en la habitación de *Hal*, cada vez más preocupado con su alazán. Tanto, que Pepita no hallaba pretexto para preguntarle lo que la interesaba. Por fin lo encontró:

—Carlos es muy entendido en caballos. ¿Porqué no consultas con él?

—Si no le he visto desde que ha llegado.

—Mañana come con nosotros. Me lo ha dicho mamá. ¿Hace mucho tiempo que no has visto tú á Carlos?

—Tanto como tú.

—¿Y qué te parecía?

—Le he tratado muy poco.

—Es que yo ni me acuerdo de su cara.

¿Es más bien rubio, verdad?

—Alazán... *chesnut*. Espera; por aquí debo tener un retrato suyo... Ahí en el *paravent*.

—¿Es este?

—No. ¡Qué espanto! Ese es *Femmy*.

—¿El cochero de Federido Cerinola? ¡Es gracioso! Parece un *gentleman*...

—Este, este es Carlos. Es un retrato antiguo. Oye, Pepita: ¿es que mamá piensa en algo?

—¡Qué sé yo!

—Soplan vientos matrimoniales. También yo estoy convidado á comer en casa de Conchita Sobradó.

—¡*Poor Hal!*

—¿No te gusta Conchita?

—*Pas chic*. ¿Sabes? Se viste como todo el mundo; no sabe más que copiar lo que ve. Un día, es Rosario Cerinola... otro, Lolita Santonja... otro, me copia á mí. Lo último que ve. Es de las que dicen á la modista: «Un traje como el último que ha hecho us- tad á *Fulanita*.» Si se enamora de ti ya sé

porque será... Porque te ha llevado mucho tiempo Julia Acevedo, que es su modelo favorito.

—¡Tiene gracia!

*
* *

Por la noche ya había decidido Pepita en qué había de gastar las quinientas pesetas. Un abrigo precioso para patinar en el *skating* de los Cerinolas. Enrique había cerrado el trato de compra. Por fin transigía con el pelo tordo.

En las probabilidades de sus bodas respectivas no volvieron á pensar, y aquella noche Pepita durmió ocho horas, y Enrique... Enrique no durmió en toda la noche, porque era muy entrada la mañana cuando vino á acostarse. Porque su futura era rubia, y Enrique estaba por el alazán tostado.



XII

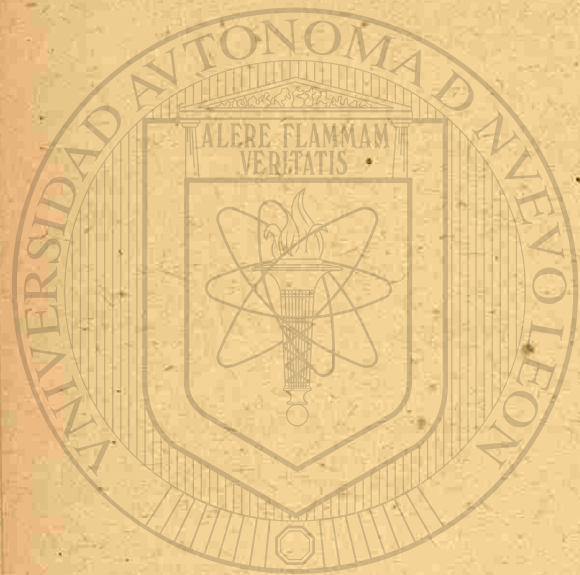
Escenas íntimas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Gabinete amueblado con riqueza pero mal gusto; de estilo que pudiéramos llamar á la financiera. Peluche y metal dorado con profusión. Cuadros modernos, paisajes la mayor parte. Plantas artificiales. Luz eléctrica.

Personajes: JOSEFINA, de cincuenta y dos años, parapetada en las últimas trincheras de los cuarenta; pelo pintado de color castaño, con tornasoles de carey; acorazada por un corsé próximo á estallar. Traje de casa á la última moda muy exagerada; pendientes de zafiros *cabochón*, rodeados de grandes brillantes; pulseras y sortijas con magnífica pedrería.— LOLA, de veintidós años, delgada, nerviosa; bonita ó fea, según la luz y la postura. Traje muy serio de paño oscuro; al cuello cadena de oro con muchas medallas y amuletos.

JOSEFINA

(*Suspende el delecto de La Ilustración francesa.*) Mira, aquí hay un bonito traje

de fantasía, de crisantemo; es de una revista que han estrenado en París...

LOLA

(*Sin dejar de leer La Imitación de Cristo, en francés.*) Ya lo he visto ¡Un traje de bailarinal...

JOSEFINA

Claro que para un baile de sociedad habría que alargar la falda, y el escote no podía ser tan exagerado, aunque no fuera tan gracioso... Pero es muy bonito; ¡todo es gasa cortada!

LOLA

¿Piensas hacerte uno igual?...

JOSEFINA

¡Qué disparate! A tu edad sí me hubiera atrevido. Yo estoy por los trajes de fantasía. Los trajes de historia son muy caros, y si no se llevan con todos los detalles...

LOLA

A mí me parecen ridículos todos los disfraces...

JOSEFINA

¡No digas!... Los hay lindísimos.

LOLA

Ridículos todos. Selika, Margarita.

JOSEFINA

Los de ópera no me gustan, pero los de fantasía...

LOLA

Sí, como el de la Campoflorido; de rayo de luna en el bosque; muchas hojas verdes y cuatro varas de tul plateado... Por mí no te canses en buscar traje, porque ya te he dicho que no voy al baile...

JOSEFINA

Pero ¡hija! ¿qué dirá Pilar? Es un compromiso. Creerán que no queremos gastar...

ó que no podemos... Y á tu padre no le conviene, después de lo que se habló en Bolsa...

LOLA

Que lo crean. Por mi parte tendrán razón. Es un cargo de conciencia gastar un dineral en un adefesio que no sirve más que para una vez.

JOSEFINA

Pero, hija mía, si todos se hicieran esa cuenta, ¿de qué viviría el comercio? Los que tienen dinero están obligados...

LOLA

A no quedarse sin él. No parece sino que hay tanto dinero de sobra. Cuenta las familias conocidas que se han arruinado en muy poco tiempo...

JOSEFINA

¿Pero nosotros?...

LOLA

¿Nosotros?... ¡Quién sabe! Toda nuestra

fortuna está en papel... y con estas cosas... Papá debía comprar alguna finca...

JOSEFINA

¡Buenas están las fincas! Por todas partes no se ven más que cuartos desalquilados... Eso sí que es tener la fortuna con papeles... Peor que en papel.

LOLA

Razón de más. Todo está muy malo. Luego papá se mete en unos negocios...

JOSEFINA

¡Tú qué entiendes!...

LOLA

Manolo me lo ha dicho.

JOSEFINA

¿Qué sabe tu hermano?

LOLA

¿Manolo? Ese hará dinero. Entiende los negocios mejor que papá...

ALERE FLAMMAM
VERITATIS JOSEFINA
No piensa en otra cosa...

LOLA

Y lo dices así como con pena...

JOSEFINA

Es que Manolo... ha empezado demasiado pronto... Ya ves cómo está, hecho un viejo... ¿Quién dice que tu padre es su padre?

LOLA

Y tú su madre, ¿no es eso? Sí, es verdad. Manolo parece un viejo; pero ya tendrá tiempo de rejuvenecer cuando sea rico; porque Manolo será muy rico. Me entusiasmo oyéndole. Ya ves, las 20.000 pesetas que le dió papá para que negociara por su cuenta

las ha duplicado en dos años; ahora piensa emplearlas en una segunda hipoteca.

JOSEFINA

¡Ay, hija! ¡No sé qué me da oírte hablar de hipotecas!...

LOLA

Hablaré de trapos... Si preferís que os arruinemos.

JOSEFINA

¡Me parece que por un traje de máscara!...

LOLA

¡Vuelta al traje! Si tanta gana tienes de ir al baile, vé tú sola.

JOSEFINA

¡Qué cosas tienes! ¡Estaría bueno! (*Silencio prolongado. Dan las doce. Lola se levanta.*)

LOLA

Hasta mañana, mamá. Muy buenas noches. (*Besando á su madre en la frente, sobre*

un postizo rizado; lo único que está sin pintar en la cabeza de la buena señora.)

JOSEFINA

Hija mía, que descanses.

ESCENA SEGUNDA

JOSEFINA y ROMÁN, cincuenta y ocho años, buena presencia, respira salud y satisfacción; vestido de frac con atildamiento, pechera blanquísima, con botonadura de perlas negras rodeadas de brillantes. Trae un periódico en la mano.

ROMÁN

¿Y Lolita? ¿Se ha acostado ya?

JOSEFINA

Ahora mismo. Esta noche no ha querido ir á ninguna parte... ¿Vienes del Español?

ROMÁN

No. Vengo del Casino. Nos entretuvimos de sobremesa.

JOSEFINA

Yo creí que no vendrías. ¿No pensabas ir al baile del Círculo de Bellas Artes?

ROMÁN

Sí, pensaba... Aquí tengo el billete... el de Manolo...

JOSEFINA

¿Pero no va Manolo?

ROMÁN

No. Dice que tiene mucho que trabajar; que no le conviene acostarse tarde; que le hace daño cenar á las tantas, que no le divierten los bailes.

JOSEFINA

¡Qué chico! Tampoco Lola quiere ir al baile de los Cerinola.

ROMÁN

¡Qué chica! ¿Es que teme no presentarse

bien? Gastad lo que haga falta, que no vaya nadie como ella.

JOSEFINA

¡Si a mí me hubieran dicho eso cuando era muchacha!

ROMÁN

¡Pues si yo hubiera tenido un padre como yo!...

JOSEFINA

Nada, se ha empeñado en no ir... Lo siento; será un baile magnífico.

ROMÁN

¡Ya lo creo! *(Pausa.)* ¡Vaya! voy á desnudarme.

JOSEFINA

¿Pero no vas al baile?

ROMÁN

No; ya no... ¿Qué quieres? Me da vergüenza... Con un hijo que se acuesta á las doce y media... ¡Cualquiera que me viera sin él en el baile!...

JOSEFINA

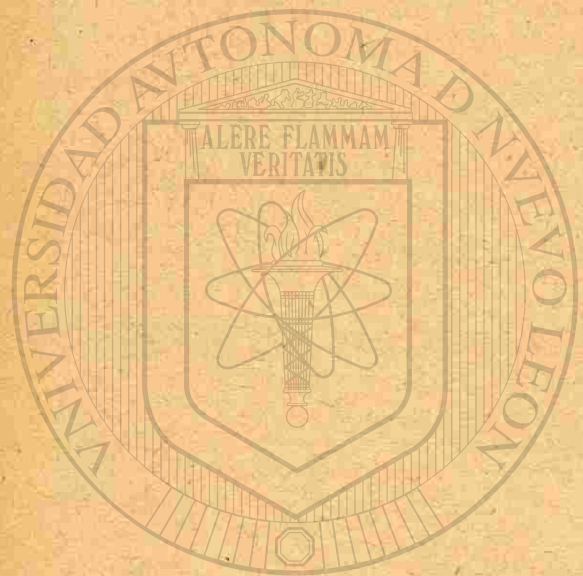
Sí. Yo tampoco voy á poder ir á ninguna parte. ¿Dónde voy sola?... No podemos tener queja de nuestros hijos. ¡Qué formales!

ROMÁN

Sí, muy formales... Harán muy buenos casados...

JOSEFINA

Demasiado formales para el matrimonio... *(Sale Román. Josefina abre La Imitación de Cristo que dejó Lola sobre la mesa, y deletrea el piadoso libro, como deletreaba La Ilustración.)*



XIII

Escenas íntimas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La escena en el despacho del Marqués del ESPINARDO; hijo y yerno respectivamente de los personajes siguientes. Decoración suntuosa y de aristocrático gusto. Reliquias nobiliarias rescatadas al enemigo, y valiosos trofeos modernos, producto del botín ó de la indemnización de guerra (entiendase dote matrimonial).

Personajes: El duque de CERINOLA, sesenta años. Tipo de caballero antiguo español. Cabeza de uno de los retratos del Greco, animada por una sonrisa volteriana. Un anacronismo viviente; un familiar del Santo Oficio que asistiera á una ejecución guillotinaría en los mejores días del Terror. D. FERMÍN ANTON, cincuenta y seis años. Rebosante de salud, de satisfacción y de dinero. Su cara sola es una garantía, como firma de crédito en la Banca. Inapreciable para una alegoría de la burguesía triunfante.

DON FERMÍN ANTÓN

(*Lee regodeándose el prospecto de un colegio de Inglaterra; escrito en cinco idiomas.*)

¡Estos ingleses!

ALERE FLAMMAM
VERITATIS EL DUQUE

(*A quien la palabra ingleses sugiere ideas en nada relacionadas con Inglaterra como nación.*) ¿Qué hacen los ingleses?

FERMÍN

Entender la vida. ¿Ha leído usted el anuncio de... (*Sin atreverse con las palabras inglesas.*)

DUQUE

Sí... el colegio ese; donde quiere Federico enviar al pequeño.

FERMÍN

Y no debe dudar un momento. ¡Qué reglamentación! ¡Qué sentido práctico! Así se educa á un hombre, apto para la vida. (*Don Fermín pronuncia apto con dos pp.*) Vea us-

ted... Vea usted... *Enseignement supérieur de morale pratique. Religion pratique... Notions de philosophie et de littérature pratiques...* Todo práctico. ¿Y la parte física? Natación, esgrima... *foot-ball*. ¿Esto será?...

DUQUE

Un juego... un juego de pelota.

FERMÍN

¡Digo! (*Sigue leyendo.*) *Manége*... ¿Manége?... ¡Ah, sí! Vea usted... Picadero con más de treinta caballos de raza... No falta un detalle. Atienda usted. Los jóvenes élèves... ¿Élèves?... ¡Ah, sí!... Los discípulos... celebrarán bailes blancos un día al mes. ¿Bailes blancos?

DUQUE

Sí. Ensayos de bailes... Para que los muchachos sepan presentarse en sociedad...

FERMÍN

¿Pero bailan ellos solos?

DUQUE

Naturalmente. Por eso los llaman blancos. Costumbres de colegio inglés, muy originales. Hay muchachos que se acostumbran al blanco para toda su vida, y no hay quien los saque de ese color. ¡Oh, patria de Shakspeare!

FERMÍN

No me negará usted que es muy práctico... Los muchachos aprenden á presentarse en sociedad con soltura...

DUQUE

(Grave.) ¿Pero en serio han pensado ustedes en mandar á Manolito á ese colegio?

FERMÍN

Su padre y mi hija creen que aquí, á su lado, no puede educarse de ninguna manera... y yo creo lo mismo. Los padres no tienen autoridad ni humor... ni tiempo. Ma-

nolito ya tiene doce años; el aya no puede hacer carrera de él... y el sacerdote que le acompañaba últimamente no nos dió resultado... Era un hombre instruído, pero de poco mundo; es decir, de otro mundo... Tenía encogido al muchacho; ¡le entraron unos miedos al infierno... y unas preocupaciones religiosas impropias de su edad!...

DUQUE

Al contrario; naturalísimas. Es un error creer que á esa edad no se piense en nada serio. De niño pensaba yo cosas muy serias que no he vuelto á pensar en mi vida... ¡Muchas cosas, sí! Hay choques muy rudos y tristezas muy decisivas en el corazón de los niños. Nos enseñan un catecismo... que nadie de los que nos rodean practica... ¿Se burlan de nosotros? Sí; todo parece que nos dice: esto debéis saberlo, porque dicen que nosotros debemos enseñarlo, pero ya veis cómo vivimos nosotros...

FERMÍN

¿Todo eso pensaba usted de niño? Se ha malogrado usted...

DUQUE
 ¡Se malogran muchos! Ustedes quieren malograr á mi nieto...

FERMÍN

Perdone usted. A nuestro nieto: aunque usted no quiera...

DUQUE

Dí mi consentimiento para la boda.

FERMÍN

(Con la intención de una tiple cómica.)
 ¿Con... sentimiento?

DUQUE

¡Lindo calembour! ¡Ay, D. Fermín, no va usted impunemente á la cuarta pieza de

Eslava todas las noches!... Me han dicho que es la tercera de la izquierda...

FERMÍN

(Queriendo protestar, pero muy satisfecho en el fondo.) ¡Por Dios! Piensa el ladrón... ¡Porque vaya, que usted!... ¡Aquellos bufos de Arderius! No hay mamá de tiple ni de corista que no le conozca á usted.

DUQUE

(Con una sombra de remordimiento, al pensar si alguna descendiente de los Cerinolas andará en mallas por esos escenarios.) ¡Locuras!

FERMÍN

(Animándose á bromear con el Duque.) Usted cree que con andar ahora de iglesia en iglesia y de confesonario en confesonario.. y de visitas á los conventos de monjas...

DUQUE

(Muy serio.) ¡No diga usted barbaridades!

FERMÍN

(*Muy achicado.*) Es una broma... como la de usted...

DUQUE

Aún hay clases, señor D. Fermín...

FERMÍN

(*Algo picado.*) ¿Lo dice usted?...

DUQUE

(*Anticipándose.*) ¿Por usted y por mí? No... Lo digo por las comendadoras del convento y por las coristas del teatro... ¿Nosotros? Ya ve usted que estamos aquí, unidos por los mismos afectos y por los mismos intereses, pensando en la educación de nuestro nieto... Nuestro, señor D. Fermín.

FERMÍN

¿Y usted opina que el colegio?...

DUQUE

Yo no tengo opinión. Creo que todos los

sistemas de educación son malos, porque son sistemas, y como dice mi médico, que sabe mucho, no hay enfermedades, hay enfermos. A vivir solo se aprende viviendo, pero viviendo uno mismo de su propia vida. La educación quiere que vivamos por la experiencia ajena, y todo su método consiste en una perpetua negación de nuestra personalidad. No hagas esto, no hagas esto otro... Funesto sistema que tritura y anula la voluntad, ó por lo menos la somete á una presión violenta, y cuando falta la presión ó la fuerza está destruída ó no hay remedio, da el estallido.

FERMÍN.

Sí, yo creo como usted que el natural, tarde ó temprano... pero no me negará usted que si á los muchachos no se les dirigiera, no se les educara... si les dejáramos seguir sus inclinaciones... Yo, por ejemplo, si mi padre no me hubiera sujetado, nunca hubiera sido nada. Me tiraba el ejército...

pero mi padre, quieras que no, me metió en el escritorio de mi tío.

DUQUE

¿En el escritorio?

FERMÍN

Sí señor, en el escritorio. Ya sé que todo el mundo dice que empecé por barrer la tienda; no lo crea usted. Es la leyenda de todos los hombres de dinero. Pues bien, si mi padre no me hubiera sujetado, á estas horas...

DUQUE

A estas horas podía usted ser general. Usted estaba llamado á sobresalir en cualquier esfera. Hay primera materia... Hubiera usted cogido la época de los pronunciamientos como cogió la de las contratas...

FERMÍN

¡Ah! Si yo hubiera tenido hijos hubiera hecho lo mismo que mi padre.

DUQUE

Yo hice con el mío lo mismo que hicieron conmigo; por eso no quisiera hacer lo mismo con mi nieto.

FERMÍN

¿Y qué haría usted con él? Sepamos.

DUQUE

Lo que hizo su padre de usted con usted. El escritorio, el comercio... cualquier cosa.

FERMÍN

Pero, amigo mío... El caso es diferente. Manolito es descendiente de los Cerinolas... y un Cerinola... ¡Pero esto es el mundo al revés! Es decir, que usted, el noble linajudo, el aristócrata, quiere educar á su nieto como á un hijo del pueblo; y yo, el burgués, el *parvenu*, como ustedes dicen, quiero hacer de él lo que son ustedes... ¡Vaya! Usted siempre de broma.

DUQUE

No señor. Siempre serio. Ya sabe usted que cuando Júpiter no estaba de temple para lanzar rayos lanzaba carcajadas: carcajadas homéricas... Yo, aunque quisiera lanzar rayos, no podría, porque no los tengo... por eso me río.

FERMÍN

Por eso... Y porque nunca ha tenido usted juicio. Pues nada, si usted quiere, desde mañana mandaremos á Manolito á barrer una tienda... Nada de colegios ingleses. ¡Ja, ja!... ¡Es chistoso!

DUQUE

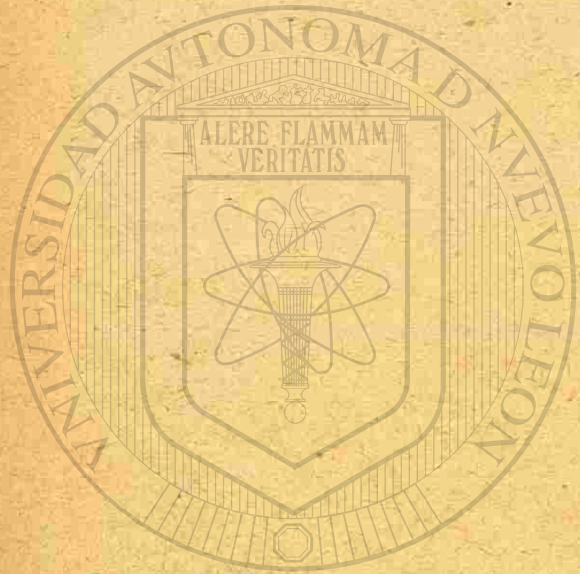
(Muy serio.) Miré usted, si á mí no me hubieran educado como yo he educado á mi hijo, y como quieren ustedes educar á Manolito... mi hijo no sería yerno de usted y yo no tendría que aguantarle á usted tantas barbaridades. *(Levantándose.)*

FERMÍN

(Con dignidad.) ¿Qué quiere usted decirme?

DUQUE

Nada, que este siglo ha sido de ustedes, y como el próximo es posible que sea de los otros, de los más bajos, bueno es que vayamos nosotros bajando, porque pensar que ustedes suban, es pensar en lo imposible. ¡Y aún hay clases, señor D. Fermín, aún hay clases! *(Sale. D. Fermín le mira de arriba á abajo con desprecio.)*



XIV

Bodas reales.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



En el palacio real de la corte de Almania. En una de las habitaciones particulares de la princesa Maggie, hija segunda de los soberanos reinantes. Dos grandes balcones con vistas á los jardines del palacio: jardines á la inglesa; todo en ellos parece de quita y pon, de mise en scène. Un ejército de jardineros repara de continuo los destrozos causados por los temporales, ordinarios en el clima durísimo de Almania, y dan al jardín un aspecto penoso de taller, productor de una naturaleza artificial, en conserva.

Las paredes de la habitación, tapizadas con tela de cordoncillo de seda; el fondo verde muy claro, y tejidas en la misma tela, con sus colores naturales, ramas de almendro en flor. Cortinajes de terciopelo antiguo de Utrecht, verde obscuro con flecos y cordonería ferrada. Gran chimenea de mármol serpentino, y sobre ella espejo con marco de porcelana blanca, formado de rosas y de amorcillos voladores. Ancho-diván de



terciopelo del mismo color que los cortinajes, de alto respaldo y de un solo brazo, en forma de rollo, con una cabeza de león al frente, esculpida en bronce. Silloncitos y sillas volantes de hechura diferente. Librería giratoria de madera de violeta; un escritorio de la misma madera; plantas de invernadero en macetas cubiertas con telas de brocado antiguas; caballetes con acuarelas y pasteles; esculturas pequeñas en mármol, etc., etc.

Personajes: LA PRINCESA, diez y ocho años. Alta, delgada, con dejadez perezosa de todo su cuerpo, con expresión desalentada, de inefable melancolía; como de árbol que, al mover de sus hojas al viento, sintiera la inútil sacudida en lo profundo de las raíces, sepultadas en tierra muy hondo. Blanca, de una blancura suave, luminosa, los ojos azules, como pétalos de *myosotis*; el pelo rubio, liso, acariciado por la luz en un solo reflejo; alisado en una sola pincelada de oro.

Viste un traje sencillo, rosa muy pálido, sin otro adorno que un cinturón de terciopelo color de sepia abrochado por un camafeo rodeado de turquesas.

EMELIA, veinte años. Amiga íntima de la Princesa.

PRINCESA

No quisiera pensar en nada... ¿Mi equipaje? ¿Llevo algo que me importe?... ¿Voy yo misma siquiera? ¡Qué tristeza! ¡Empezar

otra vida, otra vida muy distinta en la corte de mi esposo!

EMELIA

¿Otra vida? No vais á ningún destierro ni á ningún país salvaje... Aquella corte será como ésta, como todas...

PRINCESA

No me digas. Aquí vivimos en familia, en cariñosa intimidad...

EMELIA

Y allí viviréis lo mismo.

PRINCESA

No... Bien sabes el tono de aquella corte. Una *morgue* insufrible. Cualquier escapatoria al campo, de cacería... Ir una noche al teatro, de improviso, es asunto de Estado. Me moriré de tristeza, tenlo por seguro.

EMELIA

¡Pobre Princesa mía! Todos creen en la corte que el Príncipe *Fred* os ha enamorado.

PRINCESA

Es lo de menos. ¿Enamorado? ¿Sé yo lo que es eso? Desde que tuve uso de razón sabía cómo había de casarme cuando llegara el día. No necesitaba más oráculo que el almanaque de *Gotha*.

EMELIA

Hay donde elegir.

PRINCESA

¿Tú lo crees? Cuenta los que por razones políticas ó por diferencia de religión quedan descartados... Mira, es la única condición que yo hubiera exigido: que mi esposo no fuera de otra religión que la nuestra. ¡Pensar que hay Princesas que cambian de religión por casarse! Ya es bastante cambiar de

patria. ¿Cambiar de patria? Para nosotros es una obligación... Para cualquiera sería un descrédito... ¡Qué no tardaría una mujer humilde en decidirse á casarse con un extranjero! Solo enamorarse la parecería una traición á su patria. ¿Y en caso de guerra? ¡Sus hijos contra sus hermanos!

EMELIA

Justamente, ese caso puede evitarse con alianzas matrimoniales.

PRINCESA

¡Ridículas vejez! ¿Crees que las alianzas de los reyes influyen para nada en la suerte de los pueblos? He leído Historia, querida mía. ¡Inútil sacrificio!

EMELIA

¿Sacrificio? ¡Si Sus Majestades os oyeran!... Sabéis cuánto os quieren.

PRINCESA

No, no es sacrificio, es molestia, molestia

inútil. De todos modos, nunca habría de saber lo que es amor...; ese amor de las novelas, de las poesías... Pero si quiera no alejarme de aquí, no hallarme allí sola; ¡sola siempre!

EMELIA

¿Y si llegarais á enamoraros del Príncipe Fred?

PRINCESA

¡Pobre de mí! Cuando no había pensado en casarme con él, me acuerdo que viendo un día una *Ilustración* extranjera me llamó la atención el retrato de una actriz hermosísima. Cerca de mí cuchicheaban mis hermanos; no querían que yo me enterara, pero lo oí... Aquella mujer era la amiga favorita de mi futuro esposo.

EMELIA

Entonces era soltero; y desde entonces...

PRINCESA

Ya lo sé... Habrá cambiado de amigas.

EMELIA

Privilegio de los hombres.

PRINCESA

Sí...; ellos viven, nosotras soñamos...

EMELIA

¡Ah! Pues si los sueños nuestros fueran realidades, D. Juan no sería un hombre.

PRINCESA

(Abriendo el escritorio y sacando una cajita.) Mira mi sueño; el único... (Abre la caja.) Una flor seca...: se deshará si la toco. Cayó un día en mi coche al pasar por un barrio de pobres; llevaba prendido un papel, y en el papel escritas unas palabras: «Amo un imposible.» El papel lo rompió mi madre, la flor pude guardarla...

EMELIA

¿Y no hicisteis nada por saber?...

PRINCESA

¡Qué locura! Ni yo sabía qué barrio era aquel, ni á nadie podía confiarme, ni nada quise saber tampoco... Pero, mira: por muchas actrices que haya protegido el Príncipe, más, mucho más he besado yo esta flor, y será lo primero que lleve en mi equipaje.

EMELIA

¿Y si el Príncipe descubre algún día la cajita?

PRINCESA

Le diré que es la primera flor que recibí al llegar á su corte, y que la guardaré siempre como recuerdo.

XV

La mecedora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRINCESA

¡Qué locura! Ni yo sabía qué barrio era aquel, ni á nadie podía confiarme, ni nada quise saber tampoco... Pero, mira: por muchas actrices que haya protegido el Príncipe, más, mucho más he besado yo esta flor, y será lo primero que lleve en mi equipaje.

EMELIA

¿Y si el Príncipe descubre algún día la cajita?

PRINCESA

Le diré que es la primera flor que recibí al llegar á su corte, y que la guardaré siempre como recuerdo.

XV

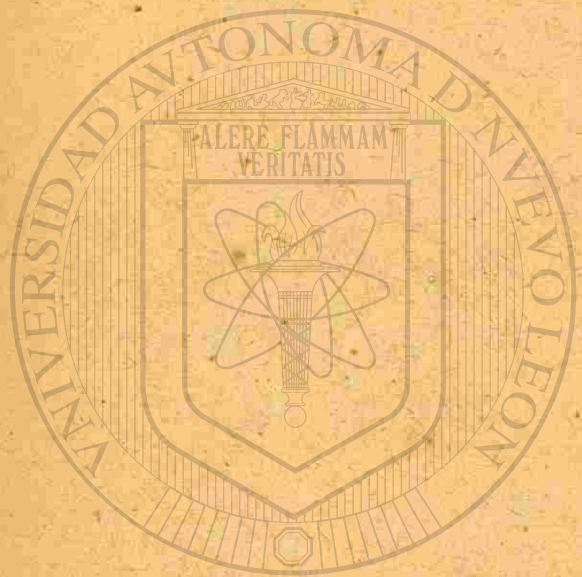
La mecedora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

TENDIDO en ella el cuerpo perezoso, al acompasado vaivén, finge la imaginación fantástica travesía por mares ideales. Como en cuna de niño mecida por madre amorosa, descansa en ella el cuerpo, postrado, débil, como niño enfermo; mientras el espíritu vela sobre él, arrullándole con dulces canciones, divirtiéndole con maravillosos cuentos de hadas y genios bondadosos. ®

¡Aletada sin vuelo, vaivén sin avance, peregrina aventura del caballo clavileño á cargo de la imaginación!

No fué seguramente en mecedora donde se concibieron por hombres de voluntad enérgica planes trazados con segura decisión, para ser realizados punto por punto, como fueron concebidos. La mecedora no es asiento de conquistadores ni de hombres prácticos. ¿Quién se figura á un Napoleón en mecedora? Marco Antonio perdió el imperio del mundo por mecerse en el Bucentauro; mecedora de oro, marfil y cedro con velamen de púrpura y cordajes de seda y oro que usaba Cleopatra, para mecer *imperator* sobre las aguas azules de los mares de Egipto.

Columpio de soñadores, de poetas; á su vaivén, los pensamientos no se fijan en el cerebro con pesadez abrumadora; antes parece como si aligerados se escaparan, y fuera de él revolotearan alrededor, refrescando la frente al vuelo suavísimo.

Un actor á la moderna podía atreverse á recitar el monólogo de *Hamlet* en mecedora.

La propiedad arqueológica es lo de menos en las obras eternamente humanas.

En la mecedora palidecen las resoluciones más firmes, pierden el nombre de acción y en pensamiento mueren. Versos que jamás hallarán versos que rimen con ellos, notas que jamás formarán acorde, colores y figuras que nunca se unirán en un cuadro, amores no declarados, buenas intenciones que irán á empedrar el infierno... en mecedora nacísteis y el camino de vuestra vida solo fué un vaivén del pensamiento... ¡Ser ó no ser! ¿Y de este modo, en un vaivén del pensamiento, morirán para siempre sueños del alma, vida suya... lo mejor de nuestra vida acaso?... ¡Qué mejor paraíso para el alma que la resurrección de sus sueños, de cuanto nació en el alma y en ella murió á los vaivenes perezosos de la mecedora!

II

Estaba yo sentado en una mecedora, frente á un espejo de cuerpo entero; y *ella* detrás de mí, apoyada en el respaldo de la mecedora, con leve esfuerzo me columpiaba dulcemente.

El espejo reflejaba su imagen; alejándola de mi vista, duplicada la distancia; y mis ojos la miraban allí, en el espejo, complacidos en la lejanía, sin volverse á mirarla cerca, á mi lado, donde su aliento suspiraba, donde sus manos me acariciaban...

De pronto, dando risotadas como una chiquilla traviesa, soltó la mecedora con fuerte impulso y se plantó delante de mí, ante el espejo... y se sentó á mi lado de espaldas á la luna, y todavía, esquivando su cuerpo, la buscan mis ojos en el cristal... allá lejos, mientras su risa suena en mis oídos como cristal roto de copas que chocan en alegres brindis de amores.

XVI

La Salve del convento.

II

Estaba yo sentado en una mecedora, frente á un espejo de cuerpo entero; y *ella* detrás de mí, apoyada en el respaldo de la mecedora, con leve esfuerzo me columpiaba dulcemente.

El espejo reflejaba su imagen; alejándola de mi vista, duplicada la distancia; y mis ojos la miraban allí, en el espejo, complacidos en la lejanía, sin volverse á mirarla cerca, á mi lado, donde su aliento suspiraba, donde sus manos me acariciaban...

De pronto, dando risotadas como una chiquilla traviesa, soltó la mecedora con fuerte impulso y se plantó delante de mí, ante el espejo... y se sentó á mi lado de espaldas á la luna, y todavía, esquivando su cuerpo, la buscan mis ojos en el cristal... allá lejos, mientras su risa suena en mis oídos como cristal roto de copas que chocan en alegres brindis de amores.

XVI

La Salve del convento.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DURANTE la temporada de baños, cada quince días, por lo menos, era expedición obligatoria la visita al convento de dominicos, distante casi una legua del balneario; pero legua de tan buen camino y tan pintoresco, que los ojos llevaban á los pies sin fatiga alguna.

Los bañistas fieles, tradicionales en el establecimiento, comunicaban el fuego sagrado á los primerizos. ®

—No dejen ustedes de ir un sábado á la Salve de los frailes. Es muy curioso.

Y por curiosidad iban todos, jóvenes y viejos; en coche, la gente seria y comoda; á pie ó en burro, los muchachos y algún ó alguna *vieille garde*, que á trueque de enmendar la fe de bautismo, se exponía á romperse el suyo.

La *jira* era ocasión de mil bromas (invariablemente repetidas todos los años). Quizás por esto los *antiguos* aseguraban á los *nuevos* que la *jira* del año anterior había sido más divertida. El decano de los bañistas fijaba su era en el 79. ¡Como la de aquel año, ninguna! (Aquel año había perdido á su esposa en Madrid, y pasó en el balneario su *viudez de miel*.)

Los nuevos, aun lamentando no haber asistido á la del año anterior, y sobre todo á la famosa del 79, procuraban sacar todo el partido posible á lo que daba el año. (Que siempre daba su media docenita de muchachas jóvenes, alegres y lindas, sus dos ó tres casadas, jóvenes, lindas y dispuestas á estar

alegres, y aun alguna viudita, ni joven ni linda, pero completamente alegre.)

La expedición de aquel año fué famosa, y en poco estuvo de eclipsar en la memoria del decano á la grande y memorable de su independencia.

Personal femenino inédito, casadas autonomistas, un lucido plantel de solteras, las correspondientes mamás (ágiles y de buen humor).

Del sexo *feminista*, dos ó tres andaluces (con bromas originales), varios jóvenes con su carrera concluída, algunos empleados ya con buen sueldo (lo que hacía más tolerantes á las mamás); algunos señores mayores, personas serias y de posición... En fin, pocas veces se había reunido tan buena gente.

Las niñas madrileñas se admiraban de todo por el camino... ¡Los manzanos... el maíz... las montañas!... La Naturaleza era para ellas un espectáculo nuevo. Lo admiraban como debió admirar Eva la creación. ¡Pobres Evas

artificiales, nacidas de una ballena de corsé!

El convento, de fábrica sencilla, sin adorno, se alza sobre un valle cultivado como un jardín. Los madrileños opinan que parece una decoración: solo en el teatro han visto cosa semejante.

Como de teatro les parece también la Salve, y después la procesión por los claustros del convento.

—¿Se acuerda usted de los *Hugonotes*?

Los más fervorosos se admiran de ver tanto fraile.

—¿Los has contado, Isabelita?

—Sí... déjame... 14... 15...

El ayudante del doctor, un médico flamante, comunica sus observaciones...

—Fíjense ustedes en los cráneos... Aquel es epiléptico; no hay más que verle.

Las muchachas cuchichean.

—¡No hay ninguno guapo!

—¡Tienen el tipo muy ordinario!

La procesión pasa. Al pasar oyen los frai-

les cuchicheos, alguna oración murmurada entre murmuraciones, risitas ahogadas en pañuelos... Los trajes claros, los abanicos, los sombrerillos de aquel grupo de bañistas curiosos hieren sus ojos un momento en un solo borrón de colorines...

Los frailes pasan. Con voz segura, enérgica, entonan la Salve. La mirada absorta en contemplación interior, parece su rostro, inexpresivo, muro de fortaleza dentro de la cual resuenan voces de triunfo y cantos de victoria.





XVII

En la playa.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



Personajes: ROBERTO, seis años.—LUÍS, siete años.

El primero de fisonomía expresiva, ojos grandes, negros, muy animados, con miradas indagadoras; viste traje á lo marinero, azul oscuro con trencillas y bordados blancos; al cuello, cordón de seda, del que cuelga un pito de marfil; gran sombrero de paja, con cintas y caídas azules; calcetines de seda azul y zapatos de lona y cuero; todo flamante y de buena hechura. El segundo, mayor en edad y en estatura, pero más añado en su aspecto; ojos azules, clarísimos, con expresión de timidez; viste también á lo marinero, pero no tan cuidado en los detalles, ni tan nuevo y bien hecho el trajecito.

Los dos niños, cerca uno de otro, cavan hoyos en la arena y levantan montones de ella con ayuda de palas y picos.

De cuando en cuando se miran uno á otro de reojo; Roberto con mayor osadía, casi provocativo. Uno y otro desean jugar juntos, pero ninguno de los

dos quiere *faire des avances*. Las palas y los picos hablan por ellos. Los dos trabajan afanosos, procurando ensanchar las excavaciones para llegar á la línea del vecino. No trabajaron con tanto ardor italianos y suizos para perforar el San Gotardo. Por fin la frontera arenosa se derrumba y los dos hoyos se unen en uno. Luís retrocede asustado; Roberto, sintiéndose *gran potencia*, es el primero en proponer alianza.

ROBERTO

Mira, ahora tú traes agua con los cubos, y lo llenamos, y después hacemos el mar con mi barco... Yo tengo un barco, mírale. (*Dirigiéndose á una criada, con aspecto de bonne francesa, que sentada á poca distancia hace labor de gancho.*) ¡Marie, mon bateau, s'il vous plait!...

LUÍS

(*Muy cortado, comprendiendo que la gran potencia prescinde de las fórmulas diplomáticas...*) ¿Quiere usted jugar conmigo?

ROBERTO

(*A pique de echarlo todo á rodar por el inoportuno «formularismo».*) ¿Yo? Yo juego solo.

LUÍS

(*Con arranque inspirado.*) Mi cubo es más grande y coge más agua... Verás qué pronto hacemos el mar. (*Sè dirige á la orilla á coger agua á tiempo que rompe una ola. Una criada vieja corre dando gritos. Roberto se ríe. La criada trae á Luís de un brazo zarrandeándole y sin cesar de reprenderle.*)

ROBERTO

(*Comprendiendo que la alianza no le tiene cuenta.*) A mí no me regañan porque juegue aunque me moje... ¿Tú no te bañas?

LUÍS

Me dan miedo las olas, y está muy frío y muy salado.

ROBERTO

¿No te bañas? Entonces, ¿porqué vienes á San Sebastián? ®

LUÍS

Porque viene mi papá y mi mamá y venimos todos.

ROBERTO

Mi mamá también viene, pero viene porque vengo yo, porque me manda venir el médico, y mi mamá me trae todos los años.

LUÍS

Y tu papá, ¿no viene?

ROBERTO

Yo no tengo papá.

LUÍS

¿Se ha muerto?

ROBERTO

¡Claro! ¡Qué tonto! Si no le tengo.

LUÍS

(*Picado en su amor propio.*) Podía estar en Madrid ó en otra parte que no fuera aquí... en la guerra. Ahora hay guerra, ¿sabes? y hay muchos que tienen á su papá en la guerra, ¿sabes?

ROBERTO

¡Mejor que tú! Mi tío está en la guerra. Tiene un caballo, y lleva siempre al lado un chico como yo de alto, pero vestido de soldado, que toca la corneta cuando manda mi tío... ¿A que no sabes tú lo que quiere decir la corneta cuando manda?... En Madrid tengo yo una corneta de veras...

LUÍS

En Madrid también tengo yo muchos juguetes...

ROBERTO

¿Tienes velocípedo?

LUÍS

No...

ROBERTO

Yo sí... y ando en él. Cuando aprendió mi mamá, aprendí yo también...

LUÍS

(*Asustado.*) ¿Tu mamá anda en velocípedo?

ROBERTO

Aquí no... en Madrid y París todos los días, con muchos señores y señoras también.
¿A que tú no has estado en París?

LUÍS

Yo no, ¿está muy lejos, verdad?

ROBERTO

Sí; pero hay un tren con cama y comida y todo... como en tu casa... con sábanas y manteles, y platos y todo, y mozos como en la fonda y cocineros como el de mi casa, con gorro blanco.

LUÍS

¿Como los que salen en Carnaval de cocineros?

ROBERTO

¡Qué tonto! Como todos los cocineros..
¿En tu casa no hay cocinero?

LUÍS

En mi casa, no. Guisa la cocinera. ¿Pero en tu casa hay un hombre que guisa?

ROBERTO

Hay dos: el cocinero y el pinche...

LUÍS

¿Uno hace el almuerzo y otro hace la comida?

ROBERTO

¡Qué tonto! No sabes nada... ¿Qué te pasa?
Trae el barco.

LUÍS

Viene mi mamá... mira...

(La mamá de Luís se acerca á los niños. Pregunta á su hijo: «¿Quién es este niño tan mono? ¿un amiguito?... ¿Estáis jugando?». Roberto contesta á varias preguntas con gran desparpajo. En esto ve llegar á su mamá y corre hacia ella. La madre de Luís queda estupefacta al verla. Es ella, la rubia misteriosa de quien todos hablan en San Sebastián, de quien nadie sabe la procedencia ni el estado, pero de quien nadie ignora lo esencial. La buena seño-

ra coge á su hijo de la mano y se aleja seguida de la criada.)

Al día siguiente, como el anterior: los dos niños cavan hoyos en la arena y levantan montones. Se miran de reojo, y en sus miradas es fácil adivinar profunda pena. Las criadas respectivas han recibido órdenes terminantes; los niños están advertidos. Ni comprenden ni razonan el motivo de la separación; pero no se rebelan contra ella, y los dos inocentes, de corazón abierto al cariño, como la playa que ante ellos se extiende al beso de las olas, se sacrifican por primera vez á las conveniencias sociales, sin comprender el sacrificio, pero angustiado el corazón por inexplicable tristeza.

XVIII

Noches de Verano.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra coge á su hijo de la mano y se aleja seguida de la criada.)

Al día siguiente, como el anterior: los dos niños cavan hoyos en la arena y levantan montones. Se miran de reojo, y en sus miradas es fácil adivinar profunda pena. Las criadas respectivas han recibido órdenes terminantes; los niños están advertidos. Ni comprenden ni razonan el motivo de la separación; pero no se rebelan contra ella, y los dos inocentes, de corazón abierto al cariño, como la playa que ante ellos se extiende al beso de las olas, se sacrifican por primera vez á las conveniencias sociales, sin comprender el sacrificio, pero angustiado el corazón por inexplicable tristeza.

XVIII

Noches de Verano.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B



ESCENAS MADRILEÑAS

Pórtico de un palacio á la moderna, adornado con plantas de invernadero, colocadas unas en grandes cubetas pintadas de rojo con los aros dorados; otras en jardineras de bambúes y azulejos. Sillones de mimbre, de los llamados frailes, mecedoras, taburetes turcos, mesitas japonesas, etc. Un globo de cristal azulado, con luz eléctrica, envuelto en una red colgante de avalorios plateados, ilumina la escena.

Personajes: El Marqués de SANTA CASILDA, sesenta años. La MARQUESA (su esposa), cincuenta y dos. La Condesa del ROBLEDAL, cuarenta y ocho. MIMÍ (su hija), diez y nueve. HINESTROSA, cincuenta. RAFAEL ANSÚREZ, treinta y dos. LOLA MONTERO, cuarenta y cuatro. JOSEFINA (hija de los Marqueses), veintiuno. MANOLO TOMILLARES, treinta y dos.



MARQUESA

(Ofreciendo una taza de te á Rafael Ansúrez.) ¿Y se ha marchado mucha gente conocida esta tarde?

ANSÚREZ

Han tenido que poner dos máquinas. Yo he bajado á despedir á los de Arenales.

CONDESA

¿Dónde van este año?

ANSÚREZ

La Marquesa á Cestona, el Marqués á Caldas.

HINESTROSA

¿De modo que se separa el matrimonio en Venta de Baños?

ANSÚREZ

Ya quisieron separarse en Madrid el año pasado.

MARQUESA

Y usted, ¿cuando nos deja?

ANSÚREZ

No he fijado plan. ¡Tengo tantos compromisos! Luís Cerinola me ha comprometido para su castillo de Bélgica, Ricardo Moncada para su casa de Zarauz, los Arenales para San Sebastián...

CONDESA

Concluirá usted por cumplir con todos.

ANSÚREZ

No tendré más remedio. Supongo que nos veremos en San Sebastián; ¿irán ustedes para la gran semana?

MARQUESA

No sé. Este verano no pienso andar de una parte á otra; es mucho trajín.

JOSEFINA

Yo sí pienso ir á San Sebastián. No faltará quien me acompañe. Quiero divertirme mucho este verano. Si viene usted á Biarritz

ya verá usted... Tenemos grandes proyectos. ¿Verdad, Mimí?

HINESTROSA

A Francia va muy poca gente este año.

MARQUÉS

¡Si es imposible! Con los cambios... A ver si arreglan ustedes eso cuando suban, aunque no arreglen otra cosa...

HINESTROSA

¿Subir?... ¡Cualquiera sube en estas circunstancias!

MARQUÉS

Pues se asegura que...

HINESTROSA

No crea usted nada. Ya lo verá usted. Marzo ventoso y Abril lluvioso sacan á Mayo florido y hermoso; pues entre Marzo, que es el partido que nos gobierna, y Abril, que es el que nos quiere gobernar, sacarán floreciente como un Mayo al tercer partido.

Créame usted, en política, como en el juego de pelota, los tantos de los unos son las pifias y las faltas de los contrarios... Y estamos á 15 por 49.

MARQUÉS

Y la pelota en el tejado. Y los mirones sin tiempo de cubrirnos. Esa Bolsa da miedo, no se hace nada, nadie se atreve...

LOLA MONTERO

Yo estoy aterrada ¿Qué me aconsejan ustedes que haga con el interior?

HINESTROSA

Venderlo inmediatamente. Quédese usted solo con el exterior.

LOLA MONTERO

Si el exterior lo vendí hace tiempo.

TOMILLARES

(A Josefina y á Mimí.) ¿Se atreverán ustedes?...

MIMÍ

¿Nosotras? ¡Ya lo creo! Debe de ser muy divertido...

JOSEFINA

Antes de marcharnos ensayaremos en el Hipódromo... Será el *sport* de moda este verano...

CONDESA

¿Qué diablura inventan ustedes?

JOSEFINA

Las carreras de moda, lo último en Inglaterra.

MARQUÉS

Alguna extravagancia. (*A Lola.*) ¿Pero usted toma el te con hielo?

LOLA MONTERO

Y con éter (*sacando un frasquito con perlas de éter y vertiendo dos en la taza de te.*)

MARQUÉS

Si abusa usted del éter, acabará usted por volverse loca...

LOLA MONTERO

Es posible, pero es lo que me sostiene... Llevo una temporada fatal...

ANSÚREZ

Pues sí, debe ser divertido...

JOSEFINA

Figúrense ustedes. Las señoras van á caballo, los caballeros en burro...

LOLA MONTERO

Me gusta ese *sport* por lo bien que marca la diferencia de sexos.

ANSÚREZ

(*Bajo á la Marquesa.*) Lola no perdona á

los hombres su cobardía. Su fe de soltera es una vergüenza para el sexo fuerte.

JOSEFINA

Cada señora hace la carrera... (*Los hombres se ríen.*) ¿De qué se ríen ustedes?

MARQUÉS

Nada, hija mía, sigue... Un galicismo... Dí, cada señora corre...

JOSEFINA

¡Bueno!... Cada señora corre... ¡Qué tonterías son ustedes!

LOLA MONTERO

(*Bajo á Ansúrez.*) ¿De qué se reían ustedes?

JOSEFINA

Llevando de la mano á un caballero, y gana la carrera el que primero llegue á la meta sin haber soltado la mano del compañero...

TOMILLARES

Ocurren lances graciosísimos. ¡Figúrense ustedes un burro al paso de un caballo!...

HINESTROSA

¡Pero eso es un *sport* simbólico! ¡Cuántos hombres de mérito, caballos de raza, pierden la carrera ó la entorpecen por empeñarse en llevar á remolque algún borrico... y no cito ejemplos!...

MARQUÉS

¡Qué ocurrente! Así es usted temible.

MIMÍ

Hay que probar. Lo difícil es encontrar burros... (*A Tomillares.*) Dé usted el encargo...

MARQUÉS

¿No se animan ustedes con una partidita de tresillo?

MARQUESA

¡Por Dios! ¡Con este calor!... Estamos

muy bien hablando. ¿Si quiere usted oír el fonógrafo?

HINESTROSA

El juguete de moda... (El Marqués toca un batín y acude un criado á quien da órdenes. Poco después vuelve trayendo un fonógrafo y caja de cilindros.)

MARQUÉS

Rafael, usted que entiende esto... Hay cilindros curiosísimos... Coloque usted el último, el de los prohombres... Verán ustedes...

FONÓGRAFO

Cuando España haya progresado en la ciencia, en el arte, en la industria, como las demás naciones de Europa, llegará á verse colocada al mismo nivel, sin ningún esfuerzo...

MARQUÉS

¿Conocen ustedes la voz?

HINESTROSA

¡Admirable!... Es él...

CONDESA

Hasta los gallitos.

FONÓGRAFO

...por los buenos españoles, por los valientes soldados y por la gloria de las tropas españolas...

MARQUÉS

¡Un brindis del Guerra!

ANSÚREZ

Pues salvo el acento, parece de uno de nuestros grandes políticos.

HINESTROSA

Y con acento y todo... Solo que después del brindis, viene el trasteo inteligente y la la estocada superior... y los otros... no pasan del brindis.

LOLA MONTERO

(*A Tomillares.*) El Marqués es uno de nuestros primeros snobs. ¿Si creerá que nos divierte con el fonógrafo?... (*El fonógrafo canta una canción francesa.*)

MARQUÉS

¡Ivette Guilbert!... Me han mandado el cilindro de París... (*Tarareando.*) ¡*Avec un cocher blanc!*... ¡Con el mismo acento!

LOLA MONTERO

¡Si creerá que iban á decomisar el acento en la frontera!

JOSEFINA

Papá, déjanos de fonógrafo. Esta noche hay verbena; que enganchen el *char à bancs* y nos vamos todos. Tengo gana de comer buñuelos.

MARQUÉS

¡Pero niña!...

JOSEFINA

Está decidido... Manolo guía... Vamos, Lol., Rafael... (*El Marqués vuelve á llamar y da órdenes al criado.*)

JOSEFINA

A mí me encantan las verbenas...

MIMÍ

Comeremos buñuelos en el puesto del negro... son los mejores... (*Bajo á Josefina.*)
¿Te casarías tú con un negro?...

JOSEFINA

¡Hija, por Dios!... ¿Y tú?...

MIMÍ

¿Casarme?... No... (*Todos se ponen en movimiento. Una doncella y un criado traen los sombreros y bastones de los hombres y las mantillas de encaje y las capas de las señoras. A espaldas del palacio hay gran revolución.*)

Cocheros y lacayos jugaban á la brisca, y la orden de enganchar inmediatamente interrumpe la partida en lo más culminante. Sin embargo, nadie protesta, y el char á bancs está enganchado á los cinco minutos. Los criados de las casas grandes no protestan nunca de una orden, por caprichosa y extravagante que sea. Se hacen solidarios del lustre de la casa, y se usan con el esplendor de sus señores, como los caballos bien enjaezados cuando los monta un buen jinete. (Dato de fácil comprobación que ofrezco á los sociólogos.) Al trote largo de cuatro soberbios steppers arranca el char á bancs hacia la verbena, conduciendo á los alegres tertuliantes del Marqués de Santa Casilda. Y como esta noche, pasa en Madrid mucha gente las noches de verano.)

XIX

Noches de Verano.


 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cocheros y lacayos jugaban á la brisca, y la orden de enganchar inmediatamente interrumpe la partida en lo más culminante. Sin embargo, nadie protesta, y el char á bancs está enganchado á los cinco minutos. Los criados de las casas grandes no protestan nunca de una orden, por caprichosa y extravagante que sea. Se hacen solidarios del lustre de la casa, y se usan con el esplendor de sus señores, como los caballos bien enjaezados cuando los monta un buen jinete. (Dato de fácil comprobación que ofrezco á los sociólogos.) Al trote largo de cuatro soberbios steppers arranca el char á bancs hacia la verbena, conduciendo á los alegres tertuliantes del Marqués de Santa Casilda. Y como esta noche, pasa en Madrid mucha gente las noches de verano.)

XIX

Noches de Verano.


 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
 



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B



ESCENAS MADRILEÑAS

Personajes: RAMÓN.—Cuarenta y seis años, cochero, con honores de jefe de las caballerizas del Duque de Cerinola. Tipo canonical, grueso, rubicundo, patillas cortas y rapadas, á lo *jockey*. Viste traje de americana, género y hechura ingleses; gran sombrero cordobés, blanco, con cinta y ribete negros; alfiler de corbata, una esmeralda rodeada de brillantes; cadena de reloj, de oro, con dobles eslabones y medallón con áncora de brillantes; sortija con solitario.

PATROCINIO.—Cuarenta y dos años, esposa del anterior; haciéndole juego perfectamente, como pareja de figuras en venta. Bien alimentada, bien vestida, bien alhajada. Carirredonda, de facciones menudas, apenas marcadas; tipo de mujer *flamenca* de Flandes; una diosa de Rubens vestida por Teniers, ó una mujer de Teniers, desnudada por Rubens.

ANTONIO.—Cincuenta y dos años, cocinero de uno de los mejores restaurants de Madrid. Tipo híbrido, con facciones de chino y pelo crespo como los negros; palidez de alcoholismo crónico. Hombre de vida aventurera; fué cocinero en un vapor trasatlántico, dueño de un fondin en Buenos-Aires, etc. Su historia es una historia á lo Otelo, y con ella consiguió enternecer en Madrid á una cocinera de rumbo, gallega, con muy buenos ahorros y mejores relaciones.

VICENTE.—Cuarenta y ocho años, antiguo criado de casas grandes; hoy, dueño de un almacén de antigüedades, en sociedad con un francés; sociedad de mucho crédito y de mucho cuidado, porque aquellos letreros de la tienda, en tres idiomas: Venta de antigüedades, *Vente d'antiquités*, *Sell of antiquities*, no anunciaban, ni con mucho, los innumerables y diversos negocios á que las antigüedades daban pretexto. Gente maliciosa aseguraba que la tienda, como sus dueños, tenía más trastienda que escarapate.

IGNACIA.—Cuarenta años, esposa del anterior. Alta, delgada, seca, mirada penetrante, nariz aguileña, manos huesudas, largas de dedos, atezados al accionar, rapiñadores. Todo en ella expresa dominación y superioridad: una Isabel de Inglaterra, con un comercio por imperio, pero con facultades para regir un imperio. Vizcaína de pura raza: en el corazón, culto perpetuo y ferviente por D. Carlos, cuyo retrato al óleo y casi de tamaño natural ocupa sitio preferente en la casa. Un comprador inglés intentó adquirirlo en cierta ocasión como antigüedad,

y tuvo que oír la vizcaína, contestando despreciativa: ¿Antigüedad esto? Sin estrenar que se está: palabras proféticas, que son todo un programa político de actualidad.

CAROLINA.—Diez y nueve años, hija de VICENTE y de IGNACIA. El tipo de su madre espiritualizado; el dominio que su madre ejerce sobre cuanto la rodea, ella lo concentra sobre sí misma, indiferente en apariencia, por lo demás. Viste hábito del Carmen; nadie sabe porqué motivo.

LUISA.—Veintiún años, hija de RAMÓN y de PATROCINIO. Graciosa, vivaracha; tipo de la artesana madrileña lindante con la cursi.

MIGUEL.—Ventitrés años. Novio de LUISA. Chulillo madrileño *aseñoritado*. Escribiente de procurador; escribe y representa comedias de aficionados. Viste con gran atildamiento prendas de mucho brillo. Americana de alpaca, sombrero ancho afelpado, pañuelo al cuello de seda roja, botas de charol; todo él parece charolado.

La acción, en un *pitter*; por calles y plazas, camino de la Bombilla.

RAMÓN

(Arreando.) ¡Eeeh!...

PATROCINIO

Mira, no vayas á matarnos... (A Ignacia.)
Hace tres días que no salen estos animalitos...

VICENTE

Y que no hay otros caballos en Madrid.

RAMÓN

No son ni su sombra. Este invierno se empeñó en guiarlos la señorita y los ha re-sabiado.

IGNACIA

¿Y cómo es que este verano no han salido ustedes?

PATROCINIO

Déjelo usted, señora, que estamos en la gloria. Este año andan los señores por medio mundo... ¿Dónde están ahora? ¡Qué sé yo! Lejísimos...

RAMÓN

(*Con suficiencia.*) En Munich.

IGNACIA

Se conoce que no están para gastos.

PATROCINIO

¡Ya ve usted! En Zarauz con el trajín de

gente todo el verano y comidas y bailes y expediciones...

LUISA

(*Bajo á Miguel.*) ¡No has pasado, no has pasado!... A esa hora estaba yo en la ventana...

MIGUEL

¡Como quieras! A esa hora estaba yo en la calle...

ANTONIO

Señora Patro... ¿Lleva usted á mano las provisiones? Porque de aquí á casa de Celedonio hay una tiradita, y yo voy seco...

PATROCINIO

Va la cesta muy bien atada... Si quiere usted refrescar ahí tiene usted un puestó de horchata.

ANTONIO

¡Déjeme usted de confiterías!

PATROCINIO

No, pues ésta noche no hay de qué. Res-

pete usted que no viene su señora... ¿Ha tenido usted noticias?

ANTONIO

¡Buenas están; por allí las tenga Dios mucho tiempo.

IGNACIA

Eso deberían decir ellas de usted. ¡Buena ganga de marido y de padre para las pobres! ¿Están en su tierra?

ANTONIO

Allí están con la familia.

IGNACIA

Y dando una vuelta á la hacienda. ¡Ande usted! Que si no fuera por su mujer no tendría usted el día de mañana donde caerse muerto; como todos los hombres.

VICENTE

(A Ramón.) Parece que se quejan las mujeres.

IGNACIA

Ustedes saben ganarlo, pero nada más. Después de ganarlo, lo mismo lo aplican ustedes á bueno que á malo. ¡Si nosotras no lo aplicáramos! ¿Porqué se pierde el Gobierno? Por falta de sacar dinero no será, porque no hay quien lo aplique; pues una casa es como un Gobierno...

ANTONIO

Señora Ignacia, deje usted la política, que eso no es cuestión de faldas...

IGNACIA

¿Pues qué digo yo? Pantalones que necesita España.

ANTONIO

¡Si quien usted dice trae mucha sotana por cima de los pantalones y no lucen!

IGNACIA

¡Mucha religión y mucha decencia, que no hay en España!

ANTONIO

(Cantando.) Pitita... bonita... con el pío,
pío, pon..

PATROCINIO

¡Vaya, calle usted con mil diablos! Ahí va
una botella...

ANTONIO

(Cantando.) ¡Viva España!

PATROCINIO

¡Qué hombre! No sé porqué le trae Ra-
món siempre! ¡Ya verá usted cómo nos da
la noche!...

IGNACIA

A mí no. Las borracheras, que se las
aguante su mujer; para eso él aguanta otras
cosas.

PATROCINIO

¡Dígalo usted, señora! ¡Vamos, que lo de
irse la madre y la hija, y andar por ahí todo
el verano con unos y con otros!

IGNACIA

Como en Madrid, señora, como en Ma-
drid. ¿No las tenía usted todas las noches de
café y de teatro?... ¿De dónde iban á sacar
el lujo que llevan? ¡Pendientes de seis mil
reales, señora; dígame usted, usted que sabe
como yo lo que cuesta ganar un duro!

PATROCINIO

¿Qué me va usted á decir, señora? ¡Si us-
ted no sabe!...

IGNACIA

Que no oiga mi Carola...

PATROCINIO

Con el ruido del coche no se oye, y va
entretenida con los novios oyendo sus ton-
terías.

LUISA

¡Que no has pasado; si no es posible! Si
á esa hora estaba yo en el balcón...

MIGUEL

¡Como quieras! A esa hora estaba yo en la calle...

CAROLINA

(*Impaciente.*) ¡Mujer! Habrá pasado en el rato que yo estuve con mi madre en tu casa...

LUISA

¡Pero qué tiene que haber pasado! Si es un embustero...

MIGUEL

¡Pero á qué tenía yo que decir una cosa por otra! ¡Mira que eres!... ¡Hágase usted cargo, Carolina!...

LUISA

¿Qué va á decir Carolina? Que ya tiene jaqueca de oirnos...

CAROLINA

Eso no... Tonterías de novios, ya se sabe...

MIGUEL

(*Galante.*) ¿Cómo no tiene usted novio, Carolina? Porque no querrá usted tenerlo, porqué más bonita y simpática que usted...

CAROLINA

Pues ahí verá usted; no tengo quien me diga nada; como no sea el novio de alguna amiga, de las flores que sobran...

MIGUEL

No son sobras, que usted merece...

CAROLINA

No diga usted más... Si lo dice usted de veras, se enfadará Luisa, y si lo dice usted por burla, me enfadaré yo...

LUISA

(*Picada.*) Hija, tú poco hablas, pero cada palabra una sentencia...

RAMÓN

(*A Vicente.*) Ya no es la casa lo que era...
En vida del Sr. Duque no se reparaba en uno
ni en dos; ¡pero ahora... descúdate y no
andes listo!

VICENTE

Y el mejor día dan el trueno gordo; por-
que ya sabemos que en Madrid hay pocas
casas de estas que no estén empeñadas, pero
en otra forma y con otro arreglo; aquí cor-
rrió ese tunante de D. Melchor con todo...
¡Qué tío! ¡Todo para él! ¡Ya tú ves si yo po-
día haberme aprovechado de algo!...

RAMÓN

¿No tienes tú dado también algún dinero?

VICENTE

¡Un mal negocio! ¡Treinta mil pesetas por
unos tapices que no los valen... y sin retirar!

ANTONIO

(*Sin atender á nadie.*) Buen amontillado!...
(*Cantando.*) ¡Chóquela usted... claro que sí!...

IGNACIA

¡La madre menos vergüenza! Yo á la hija
azotaba, á la madre ahorcaría.

LUISA

Podías haber esperado un rato...

MIGUEL

Si tenía que llevar un escrito y me espe-
raban para ensayar... ¡Chiquilla, qué función!
Ya puedes decirme los billetes que quieres,
porque no va á quedar ni uno...

PATROCINIO

Celedonio ya creerá que no vamos... ®

RAMÓN

Si le dimos palabra y no son las diez...

VICENTE

¿Y qué tal le va con el merendero?

RAMÓN

Para ir pasando. Él echó ahí todos sus ahorros; porque de casa de los señores salió muy bien; cogió la buena época.

PATROCINIO

¡Ya lo creo! Y ahora no le va mal... Aquí viene de todo, y mucho señorío también.. porque la cuestión de comidas es lo de menos... Ahora, que él ha puesto demasiado lujo... ¡ya ve usted, colchas de damasco riquísimas que da compasión!...

IGNACIA

Y las chicas, ¿están todas en el establecimiento?

PATROCINIO

No señora; viven en Madrid con su tía y con mucha decencia; ahora están en Alican-

te. ¿No lo ha leído usted en la *La Correspondencia*? (*Pasa cerca otro coche; saludos, gritos, algazara.*)

RAMÓN

¿Habéis visto? Martín, el de casa de Castrojeriz... No ha querido parar... Va con toda la *golfería*.

IGNACIA

Sí, ya hemos visto... ¡Dos mujeronas!

RAMÓN

De esas de Fornos... Algunas veces las hemos traído aquí con los señores de casa... Pero no sé cómo Martín anda con esa gente... ¡Y en coche de la casa!...

PATROCINIO

¡Y con los lacayos! Crea usted, señora, que lo más difícil es ocupar su puesto.

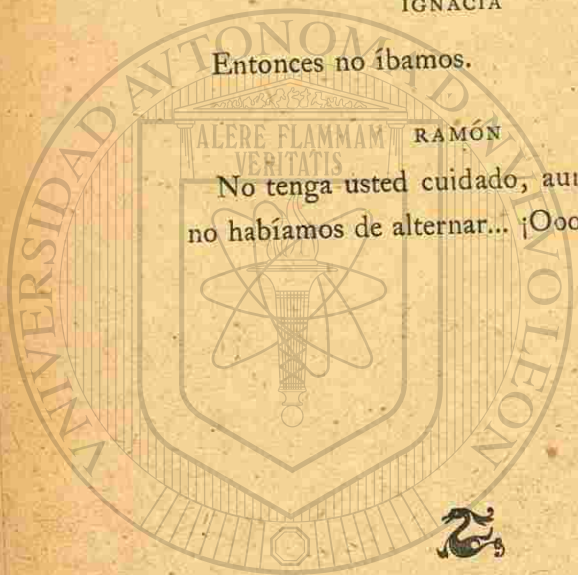
VICENTE

¿No irán á casa de Celedonio?

IGNACIA

Entonces no íbamos.

RAMÓN
No tenga usted cuidado, aunque fueran,
no habíamos de alternar... ¡Oohé!



XX

Vírgenes locas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

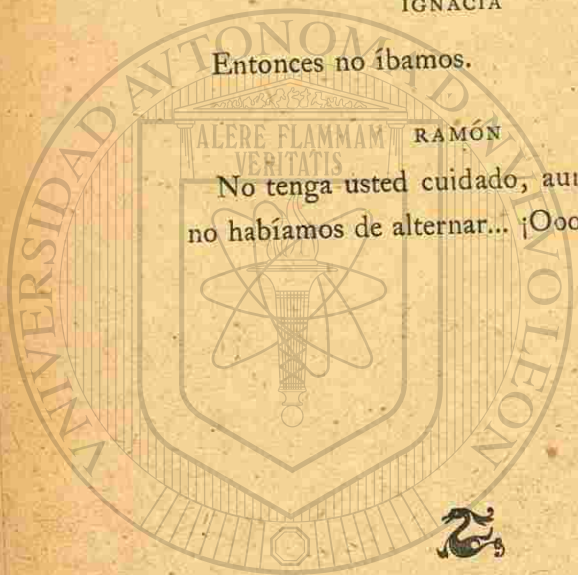
®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IGNACIA

Entonces no íbamos.

RAMÓN
No tenga usted cuidado, aunque fueran,
no habíamos de alternar... ¡Oohé!



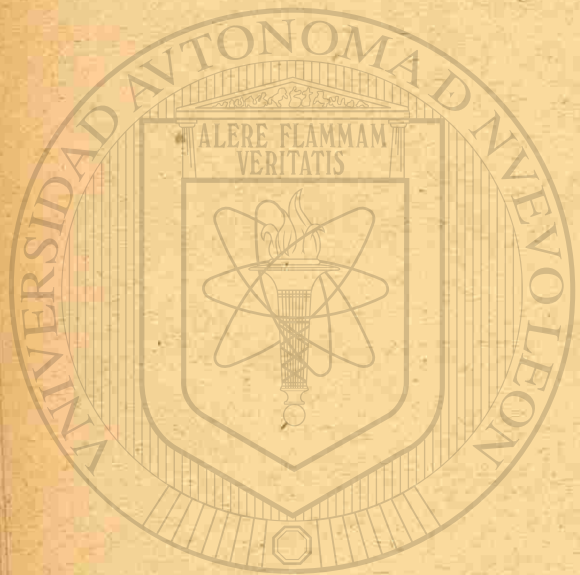
XX

Vírgenes locas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B



ESCENAS DE LA VIDA MODERNA

En casa de los Marqueses de Castrojeriz. Gabinete al estilo de Luis XV. (En el argot familiar, la salita de música.) Un gran piano de cola, y al lado un arpa (sello de Erard) justifican el mote. Decorado artístico sin tasación posible, en apariencia sencillo y fácil de copiar á poco coste; examinado con atención, raro y costoso; de un conjunto sin disonancia, logrado en suma de exquisitos detalles. Cortinajes de seda antigua, azul desvaído en rosa pálido, con ramos de rosas blancas diminutas. Silloncitos de madera blanca con filetes de oro, y asientos de rejilla, también blancos, y sobre ellos almohadones sueltos, de igual tela y color que los cortinajes. Sobre una gran chimenea de marmol, espejo con marco de talla dorado á fuego, reloj y candelabros de bronce y porcelana de

Sèvres. Pantalla de chimenea y paravent, de cartones pintados, con imitación ó copias de Watteau. Una vitrina con figurillas, tazas, tabaqueras, y miniaturas antiguas. En las paredes, grabados en madera; un retrato de niña, al pastel, de mano y firma de maestro, y dos ó tres cuadros, también al pastel, por el asunto y la ejecución de mano aficionada y femenina, pero con buen maestro.

ESCENA PRIMERA

Personajes: PEPITA CASTROJERIZ, diez y nueve años. Nerviosa, fina como galguito inglés. Movilidad incesante de todo el cuerpo, que contrasta con la frialdad inexpressiva de la fisonomía: como en descoyuntado clown, de rostro rígido, bajo la espesa masa de albayalde. La boca rasgada, de labios finísimos, apretados, que marcan una sola línea roja en la cara pálida, y el pelo, rubio cenizoso, crespo y levantado en atrevido mechón sobre la frente, dan exactitud á la comparación *clownesca*.

Viste con aristocrática soltura traje que,

con ser riquísimo (y así parecería, llevado con otro empaque), en ella solo parece gracioso, lindo, encargado sin elección, entre otros muchos (cuando había costado más de dos mil francos entre modista, cartas, aduanas y envío de ida y vuelta á París su media docena de veces). Un modelo de *Mme. Nicaud* para comida íntima. Blanco, de muselina de seda, adornado con encajes de Irlanda de un color marfileño que amortigua la blancura chillona de la seda, con suave pátina. Las mangas, larguísimas, caen hasta media mano y ciñen ajustadas los brazos, que parecen alargados en líneas inflexibles con majestad hierática. Sobre los hombros, la seda se abre plegada en graciosos abanicos, como alas juveniles, atrevidas, que protestan abiertas de la rigidez fría, solemne de los brazos. Y en Pepita parece mayor la protesta: aquellas mangas á lo *ricahembra* oprimen sus bracitos nerviosos de *clown* descoyuntado. Se adivina que Pepita, si no un

vuelo, daría por lo menos un salto mortal.

Anochece, y Pepita concluye de vestirse para la comida: ha pasado de su tocador á la *salita de música*, porque nadie como ella sabe buscar fondo adecuado á un traje. Sentada al piano, repasa una canción francesa, una canción del siglo XVIII, *marivaudage* expresivo de sentimientos amorosos abullonados, como hueca falda á lo Pompadour.

La armonía rebuscada por Pepita con artificiosa evocación aquieta su pensamiento y sus nervios, más que nunca excitados.

Por los balcones del gabinete (abiertos á un jardín húmedo, sombrío, muradado por las casas contiguas al palacio de los Castorjeriz) penetra la luz crepuscular, amarillenta, al través del follaje de unos altísimos y frondosos castaños de Indias. Los cortinajes apagan con pliegues de sombra los últimos alientos de la luz mortecina, reflejada sobre la seda brillante de colores tenues. La antigua canción suspira amores de otros tiem-

pos, y Pepita prolonga en aquel anochecer lento, armonioso, á su alrededor, un anochecer de su alma, en que algo íntimo y profundo de su alma debía alejarse de ella para siempre. Quería suspender su pensamiento, adormecerle, para dulcificar la despedida inevitable.

—¿Cómo pudo ser? Pepita repasa en su memoria, y al recordar una por una las circunstancias que á tan difícil situación la han traído como extraña á ella las considera, y como si atendiese relato confidencial de amiga íntima, antes curiosa que apenada, se pregunta á sí misma:

—¿Cómo pudo ser? ¿Cómo sin pensar nunca en amarse, sin poder pensarlo, Federico y ella se amaban? ¿Se amaban! No había palabra ni afecto capaces de ocultar el verdadero afecto que los unía. Pero ¿cómo pudo nacer aquel amor? ¿Cuándo pensaron en amarse?

Pepita no comprendía que existe una vo-

luntad inconsciente: un querer lo que no se quiere, y esa voluntad *exterior* labra fuera de nosotros y de improviso levanta ante nuestra vista la viva imagen de nuestras acciones, desconocida, odiosa, como de hijo adulterino que nació en nuestra casa sin ser hijo nuestro.

Se querían... sin querer. Sin querer, como dicen los chicos por disculpa, cuando acaba el reir de los juegos por llorar á los golpes de veras. Sin querer hacerse daño, sí; pero sin querer jugar, no.

Por juego prefería Pepita la amistad de Federico. La conversación con él era más divertida que con ningún otro. Por lo mismo que era casado, Pepita le hablaba con mayor libertad. La conversación con los muchachos era muy aburrida. Candidatos probables á maridos, al hablar con una muchacha, parecían temerosos de comprometerse con una frase demasiado expresiva, con una confidencia demasiado íntima. To-

dos pensaban: cuidadito, que puedo caer.

Las muchachas, por su parte, aún más temerosas que ellos por distinto motivo, parecen en actitud defensiva, desconfiadas; todas piensan: cuidadito, que puede no caer.

Pepita, de carácter expansivo hasta el descaro; curiosa observadora del mundo, con ansia de saber y de pensar por sí; Eva espiritual, mordedora golosa, no del fruto de la sabiduría, pero sí de la sabiduría del fruto, detestaba aparentar circunspección de niña casadera. Quería saber á qué sabía todo, el bien y el mal, y con Federico podía arriesgarse en confianzas escabrosas.

Daba pretexto y ocasión para ellas todo género de sport; la bicicleta, los patines, guiar un *tandem*, tirar al blanco.

La mujer de Federico, mimosa, delicada, flor de invernadero; como otras mujeres, vestidas, ella siempre enferma á la última moda, con neurastenia por aquella tempora-

da, era una verdadera mujer de lujo, de haber ó de gineceo, y Federico, halagado por el contraste, hallaba en Pepita un camarada encantador, juvenil, intrépido, con quien podía hablar de todo mientras guiaba cuatro caballos sin domar.

Federico no sabía prescindir de Pepita; era su compañera de pescante en el *mail-coach*, su compañera de puesto en las cacerías. En las comidas y recepciones, siempre juntos, departían en animado diálogo, que á ratos parecía de cocheros, á ratos de cazadores, pero siempre terminaba en amoroso tema.

Al principio nadie extrañó la intimidad de Federico y de Pepita. ¿Qué tenía de particular? Se conocían desde niños, eran de la misma clase, tenían las mismas aficiones; además, él casado y ella soltera... ¿quién podía pensar mal? Pero bien pronto notaron ellos mismos que la gente les dejaba mayor espacio, material y moral; ese espacio que las personas de buena sociedad marcan con discre-

ción alrededor de dos amantes: islas del amor, fáciles de descubrir en cualquier salón á poca geografía social que se sepa.

Pronto empezaron las habladurías: los muchachos pretendientes al amor de Pepita retiraban sus candidaturas. Una noche, en un baile, preguntó una amiga á Pepita: «¿Pero tan enferma está la mujer de Federico?» Un literato insolente insinuó con malicia: «Usted que tan aficionado es al *modernismo*, ¿no ha leído usted las *Demi-vierges* de Prevost?» Los Marqueses de Castrojeriz, padres de Pepita, fueron los últimos en enterarse, y aunque nada reprochable vieron en la conducta de su hija, por *el buen parecer* acordaron que aquello no podía continuar.

¡No podía continuar! Bien lo comprendía Pepita. Pero entonces comprendió cuán hondo era el daño, como era imposible romper la intimidad con Federico.

La vida de ambos era un conjunto de frívolos pasatiempos, de pequeñeces insustancia-

les, pero en cada una de ellas iba unido algo de su pensamiento, de su vida, y eslabonado con soldadura misteriosa, era su vida entera.

Pepita fingió (á poca costa) una enfermedad para retrasar la explicación necesaria.

Llegó el día. Federico la escuchó y la facilitó por su parte. Todo eran habladerías. Su mujer había recibido anónimos: estaba celosa, insoportable...

—¿Has visto, Pepita, has visto qué gente? ¡Qué gente!

—¡Pero si tienen razón!—exclamó Federico de pronto.—¡Si no puedo vivir sin tí!

—¡Y sin ti, yo tampoco! ¿Cómo es esto, Dios mío, cómo es esto?... Tú eres hombre.

¿Qué me aconsejas?

—Cásate.

Y Federico se despidió de Pepita.

Aquella palabra fué el atormentador de Pepita en muchos días de inquietud, en muchas noches sin sueño. ¡Cásate! ¿Era un consejo de arrepentimiento ó de esperanza? ¿Un

muro levantado entre los dos para siempre... ó puerta franca á sus amores?... ¡Cásate! Sí, se casaría.

Por eso estrenaba un vestido Pepita en aquella comida; por eso repasaba una canción francesa; por eso al prolongar en el anochecer á su alrededor un anochecer de su alma, con el último aliento desmayado de la luz crepuscular, penetraba en su alma por resquicios del pensamiento la luz trémula, indecisa, de una esperanza pecadora.

Y al sentir el corazón acariciado por aquella esperanza, lloraba con indecible tristeza. ¡Pobre virgen loca, que dejó apagar la luz de la lámpara antes de que llegara el esposo!

Así termina la escena primera.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs.
I. La cartera.	9
II. Fraternidad.	19
III. Maternidad.	31
IV. Entre artistas.	39
V. Una carta de mujer.	51
VI. Los fieles vivos.	57
VII. Noche aristocrática.	69
VIII. En pública subasta.	81
IX. Confidencias.	93
X. Juegos de niños.	101
XI. Escenas íntimas I.	111
XII. — — II.	123
XIII. — — III.	137
XIV. Bodas reales.	153
XV. La mecedora.	163
XVI. La Salve del convento.	169
XVII. En la playa.	177
XVIII. Noches de Verano I.	187
XIX. — — II.	203
XX. Vírgenes locas.	221

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.—Precio: 3,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Precio: 3,50 pesetas.

TEATRO

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos, en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto, música del maestro D. Pablo Barbero).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or what you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La Gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

FIGULINAS.

237

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

EN PRENSA

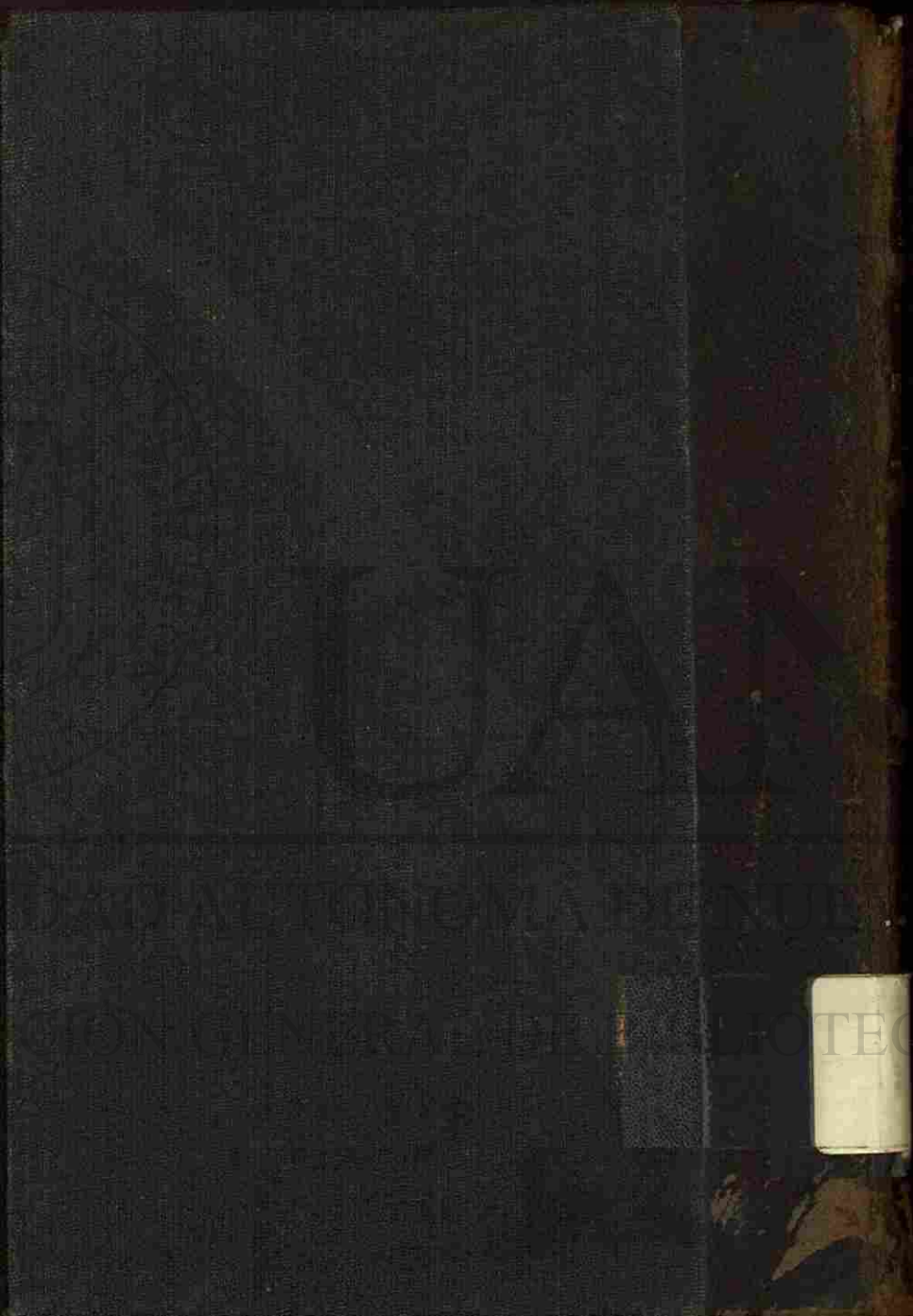
Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).

Teatro fantástico. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

EN PREPARACIÓN

En Madrid y en varias casas (novela).

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López Gómez-Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano López y C.^a, Elisabets, 4, librería.



PROTECTOR
No. 100
1880